

PARTE 4

MARIA BEATOBE

POR AMOR

ME ENTREGUÉ A TI

Click
EDICIONES

Índice

Portada

57

58

59

60

61. NOEMÍ

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71. CLOE

72

73

74

BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBE

Créditos



Cuando al darme la vuelta vi a Mora pensé que me moría. Las piernas me empezaron a temblar y por un momento creí que me iba a desmayar. Esa sonrisa de autosuficiencia todavía me revolvió más el estómago. ¿Realmente pensaba que iba a atenderle después de lo que me hizo? ¿El muy cabrón todavía tenía ganas de seguir jodiéndome la vida? No debía de estar bien de la cabeza, porque nadie en su sano juicio podría ser tan cruel con otra persona.

Me quedé paralizada mientras le miraba fijamente presa del pánico. ¿Qué cojones estaba haciendo allí? ¿Sabía que trabajaba en esa tienda o había sido una casualidad? No sé por qué, pero algo me decía que no había sido una mera coincidencia.

—¿No me vas a saludar? —me retó.

A mí no me salían ni las palabras. Bastante que aún las piernas me sostenían. Mi cuerpo no era capaz de reaccionar ante su cruel visita. En mi cabeza empezaron a arremolinarse un montón de imágenes horribles de aquella noche, y ahora todavía me entumecía más mientras Mora me sonreía cínicamente, acompañado de su amigo Rafa.

Oí como Gael salía del despacho y se ponía a mi lado.

—Buenas tardes —saludó dirigiéndose a ellos.

—Buenas tardes, jefe —respondió Mora.

Ante mi pasividad, Gael se dio la vuelta para mirarme. Y por cómo lo hizo me di cuenta de que mi cara no debía de tener buen aspecto.

—Naira, ¿estás bien?

Evidentemente, no lo estaba. Pero no podía decirle «mira, Gael, este chico se propasó conmigo y me intentó violar el día de la fiesta que dabais vosotros, pero sí, estoy bien».

En ese momento, empecé a notar unos sudores fríos que me subían desde la punta de los pies hasta la coronilla. Mi respiración empezó a acelerarse y mi pulso también. Intenté mantener la compostura, pero comencé a sentir una presión y un mareo horrible en la cabeza y, por instinto, me agarré al hombro de Gael mientras me ponía la otra mano en la frente y cerraba los ojos.

—Naira, ¿qué pasa? —volvió a insistir.

—Creo que necesito sentarme un momento. Solo será un segundo.

Lo peor de todo era que Mora seguía de pie frente a mí, sin dejar a un lado esa mueca de superioridad, con las manos en los bolsillos y una maléfica media sonrisa. Qué asco sentí. Me hubiera encantado poder abalanzarme sobre él y pegarle hasta perder todas las fuerzas. Descargar toda mi rabia como si fuera un saco de boxeo. Jamás había experimentado esa sensación en mi cuerpo, incapaz de moverlo ni controlarlo. La tensión me tenía totalmente agarrotada.

Gael me acercó con rapidez un taburete que teníamos tras el mostrador y lo colocó a mi lado.

—Ven, siéntate.

Y eso hice. Di dos pasos hacia atrás y me dejé caer en el asiento mientras Gael me sostenía.

—Vaya... Parece que la dependienta no se encuentra muy bien —dijo Mora con sorna.

Vi como Gael alzaba la vista para mirarle y juraría que no lo hizo de buenas maneras.

—Pues no. Pero no se preocupe, porque puedo atenderles yo —dijo incorporándose.

—Fíjate que queríamos que fuera ella la que nos atendiera. ¿Verdad, Rafa?

—Verdad, verdad —se burló él poniendo la mano sobre el hombro de su amigo.

—Es evidente que ella no lo va a hacer, así que si os sirvo yo..., bien, si no...

—Espera, Gael, yo les atenderé —me apresuré a decir.

Enseguida me puso la mano en el hombro para evitar que me levantara. Gael no solamente había cambiado el tono de voz, que era cada vez más desafiante, sino que fui consciente de que estaba perdiendo los papeles cuando dejó de tratarlos de usted y pasó a tutearlos. En su trabajo era extremadamente perfeccionista y jamás le faltaban las buenas formas, pero ahora todo eso estaba desapareciendo ante la actitud retadora de Mora y su amigo.

—No —dijo rotundo—, no vas a atenderles. Lo voy a hacer yo —respondió sin dejar de mirarlos.

—Lo cierto es que poco favor te hace tener esta dependienta, que a la mínima está por los suelos —increpó Mora sin dejar de sonreír.

En ese instante vi que Gael cogía aire y se acercaba a ellos con gesto provocador. Eso no pintaba nada bien. Y yo me encontraba tan mal que no estaba para ponerme a mediar en una pelea.

—Mira, chico... —comenzó.

—Mora, me llamo Mora —respondió altivo.

—No me importa cómo te llames, no te lo he preguntado. Para empezar, ya decidiré yo si ella es buena o no; tu opinión me importa realmente poco. Y segundo, creo que en esta tienda no hay nada para vosotros.

Mora sonrió con suficiencia, puso los ojos en blanco y luego miró hacia otro lado. Hasta que volvió a encararse.

—¿Nos estás echando?

—No quería decirlo así, pero sí. Será lo mejor.

—Eso no dice nada bueno de tu tienda.

—Gente como tú, sinceramente, me da lo mismo lo que piense.

Los dos idiotas se miraron alzando las cejas y, al volverse hacia Gael, Mora fijó su mirada en mí.

—Bueno, Naira, pues ya nos veremos, ¿no? ¿No le has contado a tu jefecillo que tú y yo pasamos muy buenos ratos juntos?

Le asesiné con la mirada. Y a Gael no le pasó desapercibido mi gesto. Ese tío definitivamente era un gilipollas desalmado. Me tenía cogida por el trabajo de mi padre, porque si no... ya habría hablado más de la cuenta.

—Buenas tardes —dijo Gael extendiendo el brazo hacia la salida e indicándoles que abandonaran el local.

—Nos vamos, pero que sepas que la ropa de tu tienda es una mierda de pijos. La verdad es que tampoco pensábamos comprar nada, ¿verdad, Rafa? Solo veníamos a ver a la dependienta, que está para hacerle un favor, aunque ella no se deje.

Y ambos chocaron las manos y empezaron a carcajearse. Gael dio un paso adelante con decisión, hasta que le cogí la mano para detenerle. Pasaron unos segundos que a mí se me hicieron eternos. El cruce de miradas brutal entre Mora y Gael hizo que se me encogiera el estómago. Se estaban perforando el uno al otro solo con los pensamientos que cruzaban por sus cabezas.

—He dicho que adiós —dijo Gael asertivo, sin cambiar un ápice su expresión.

Oí un «buah» que susurró Mora antes de darse la vuelta para irse de la tienda. Según salieron, Gael cerró con pestillo, se acercó hasta mí y se puso de rodillas para quedar a mi altura.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento... No sé qué me ha pasado.

—Naira, ¿de qué los conoces?

—Iban a mi instituto.

—Lo que tengo claro es que algo te ha pasado con ellos, Naira, porque te has quedado bloqueada.

—¿A mí? No... Me habrá sentado algo mal; no te preocupes, Gael.

—He visto cómo le mirabas.

—¿A quién?

—Al chico que estaba delante. Al tal Mora. Que no sé de qué, pero su cara me suena de algo.

¡Mierda! Espero que no se acuerde de que cuando le vio estaba conmigo el día de la fiesta. Nos cruzamos cuando Hugo y él volvían de comprar y yo estaba en la puerta con Mora y con mis amigas. Por favor, que no lo recuerde; si no, sí que ya me vengo abajo.

—No, de verdad, Gael. Está todo bien.

Y me levanté para ir al baño y poder volver a respirar. Porque desde que el impresentable de Mora había entrado, yo había dejado de hacerlo inconscientemente.



El resto de la tarde lo pasamos casi sin hablar. Yo me dediqué a atender a la gente que entraba mientras él hacía números y llamadas desde el mostrador. No había ido al despacho en ningún momento y por un instante llegué a pensar que no lo había hecho porque no quería dejarme sola en la tienda por si Mora y Rafa volvían.

Aunque apenas hablamos (lo hicimos únicamente por temas de la tienda), sí que nos miramos... y muchas veces. Me sentía tan mal por no contarle lo que había pasado entre Mora y yo que no era capaz ni de sostenerle la mirada.

A la hora de cerrar entré a cambiarme al despacho mientras él bajaba la persiana, como todos los días. Aún me temblaba algo el pulso después de haberme reencontrado con Mora, con el chico que me había dejado una huella imborrable en el corazón para siempre, y no precisamente por algo bueno.

Estaba en sujetador colocándome la camiseta cuando Gael entró en el despacho sin llamar. Por inercia, me tapé el pecho con ella y le miré sorprendida. Pero él prosiguió sin inmutarse y cerró la puerta despacio tras él. Yo tragué saliva y esperé para descubrir cuáles eran

sus intenciones. Se acercó poco a poco hacia mí sin dejar de mirarme.

Yo solamente llevaba puesta una faldita plisada estampada, mientras el sujetador asomaba ligeramente a través de la camiseta con la que intentaba taparme. En décimas de segundo lo tenía pegado a mí. Me puso las manos en la cintura y me dio un suave beso en el cuello, que recibí con los ojos cerrados.

—¿Estás mejor? —susurró.

—Sí.

—¿Por qué te fuiste así esta mañana? Me he vuelto loco al no encontrarte en mi cama cuando me he despertado.

Continuaba besándome y eso hacía que me resultara bastante difícil concentrarme en una respuesta medianamente decente.

—Lo siento. Me asusté.

Dejó de regalarme caricias en el cuello para pasar a mirarme mientras apoyaba suavemente su frente en la mía.

—No tengas miedo, Naira. ¿Qué es lo que te asusta? —susurró.

—No es fácil, Gael.

—Confía en mí, por favor. Dime todo lo que sientes. Necesito saber a qué atenerme.

—Me da terror lo que estoy empezando a sentir por ti.

Al tenerle tan cerca y notar como sus manos me rozaban el vientre, contesté sin pensar. En ningún caso quería ser tan explícita en mi respuesta, pero es que mi corazón deseaba gritar a los cuatro vientos que él me hacía sentir cosas que no había sentido antes por nadie.

Me moría por abrazarle y entregarme a él en cuerpo y alma, pero eso suponía tener que soltar la camiseta y que me viera en sujetador. Vale que él ya me había visto en ropa interior de cintura para arriba, pero seguía siendo vergonzosa, qué le íbamos a hacer, y la vergüenza no desaparecía de un día para otro.

Además, para qué nos íbamos a engañar: no era uno de mis mejores sujetadores; si lo hubiera sabido, habría elegido el que me compré en La Perla no hacía mucho tiempo.

Me observó con calma, alternando su mirada entre mis ojos y mis labios, con más atención a estos últimos. Instintivamente me mordí el labio inferior, a sabiendas de que con ese gesto le atraería aún más, y con una media sonrisa mientras negaba con la cabeza, me besó. Le correspondí con los ojos cerrados al mismo tiempo que cogía aire.

Los besos fueron tornándose más profundos hasta que, sin darme cuenta, dejé caer la camiseta y la vergüenza a un lado para abrazar su cuello con firmeza. En ese instante, una vorágine de sensaciones empezó a inundarme el cuerpo mientras Gael repartía besos y caricias por cualquier parte desnuda. La pasión fue poco a poco incrementando de intensidad hasta que ya no solo nos servían los besos; necesitábamos más.

Gael me cogió en brazos y, sin pensarlo, enroscó las piernas en su cintura. Se dio la vuelta y se acercó hasta la mesa que presidía el despacho, y me sentó allí sin dejar de tocarme. Le desabroché con rapidez los botones de la camisa y él terminó de quitársela, sus labios en los míos, mientras la lanzaba al suelo, despreocupado de cómo quedara. Y a mí, sinceramente, tampoco me importó. Ahora estaba dándolo todo, sin miedos, y me entregaba a él. No pensaba en las consecuencias ni en lo que podría pasar al día siguiente.

Me besó el escote sin dejar de mirarme a los ojos, y eso me excitó aún más. Eché la cabeza hacia atrás mientras se me escapaba un jadeo. Empezó a levantarme la falda con las manos hasta terminar rozando mis braguitas. No me importó; es más, lo disfruté. Cerré los ojos y sentí todavía más sus manos sobre mi ropa interior mientras yo acariciaba su vientre, a ciegas, pero sin perderme un centímetro de su anatomía. Mis manos titubearon sin saber muy bien qué hacer, hasta que me decidí y empezaron a descender hacia la cinturilla de su pantalón. Creí oír un jadeo por su parte. Pero, de repente, me cogió las manos y me hizo parar.

—Espera, espera —dijo con la respiración entrecortada—. No podemos hacerlo así.

Le miré sorprendida y también algo avergonzada.

—No es por ti, es por mí —continuó—. No quiero que tu primera vez sea en una trastienda y encima de una mesa de despacho. —Me besó la frente—. Quiero ofrecerte algo más especial. Me gustaría que recordases tu primera vez de otra manera. Y aunque te prometo que ahora mismo me estoy arrepintiendo de haber parado y de estar hablando, cuando lo que más me apetece es tumbarte en el escritorio y hacerte mía, creo que es lo más sensato.

Sonreí. Tímidamente, pero lo hice.

—Gracias.

Negó con la cabeza mientras sonreía pícaramente.

—No me las des a mí, dáselas a mi conciencia, porque yo... Joder, no sabía que tenía tanto autocontrol sobre el... a ver cómo lo digo para que no suene soez... ¿pene?, ¿miembro?

Solté una carcajada que le contagié.

—Da igual, sé lo que quieres decir. No sigas con los sinónimos, que al final me temo que saldrían palabras... curiosas, por definirlo de alguna forma.

Volvió a cogerme por la cintura y, después de besarme, me dijo:

—Me gustas, Naira. Me gustas mucho. Esta mañana, cuando me he despertado y no estabas, me he preocupado. Pensé que había hecho algo mal y que por eso habías decidido irte sin decirme nada.

—Sé que no fueron formas. Lo siento.

—No, no. Si no quiero que me pidas perdón —dijo enseguida—; solo que... me sorprendió.

—Claro, estarás acostumbrado a que las chicas con las que te has acostado se despierten a tu lado con la bandeja del desayuno, ¿no? —vacilé.

—¡Venga ya! ¡Ni que me hubiera acostado con muchas!

—Eso yo no lo sé...

—Pues ya te lo digo yo. Pero vamos, que ahora el caso no son ellas. Eres tú. Y con quien quiero estar ahora es contigo, ¿entendido?

Le miré con una media sonrisa.

—¿Entendido? —repitió alzando una ceja.

—Entendido —asentí.

—Bueno, pues ahora te agradecería que te pusieras la camiseta, porque estoy a punto de quitarte el sujetador a mordiscos. Y te aseguro que voy a mandar a la mierda el autocontrol.

Me levanté de un salto y la recogí del suelo. Me la puse mientras él se abotonaba la camisa.

—Deja de mirarme —dije—. Me estás poniendo nerviosa.

—¿Sí?

—Sí.

—Más razón para hacerlo —me retó.

—¡Cómo eres, joder! ¿A ti te gustaría que yo te estuviera mirando fijamente mientras te vistes?

—Ah, pero ¿no lo estás haciendo?

—¿Yo?

—Tú.

—Nooooooo.

Y se acercó a mí y volvió a besarme con pasión. ¿Podía ser esto tan perfecto y real a la vez? No lo sé. Un miedo atroz seguía pisándome los talones y me impedía disfrutar completamente de lo que me estaba pasando con Gael. Algo me hacía presentir que en algún momento me despertaría de este sueño y me encontraría sola. Únicamente permanecería el mal recuerdo de lo que me hizo Mora.

Pero yo no quería despertar. Nunca me había sentido tan bien con un chico y tenía que aprovecharlo; no quería estar pensando todo el rato en lo que pasaría después. Debía obligarme a vivir el momento.



Al día siguiente por la mañana, mandé un mensaje a Cloe y Noe en nuestro grupo de unicornias por si les apetecía pasarse por casa a cotillear un poco y así contarles que Mora había aparecido el día anterior en la tienda.

No pretendía decirles nada de lo que no sabían, pero sí hacerles ver que ese cabrón no tenía pinta de querer dejarme tranquila.

¡Por mí no hay problema! —respondió Cloe.

Pero ¡seréis cabronas! Pasaos por mi casa y así no hacéis andar a una pobre medio inválida con una muleta.

Jajaja. ¿Tú inválida? ¡Pues bien que corrías para irte a casa con Javi el día del cumpleaños de Nai! —contestó Cloe.

Bueno, venga. Vale, quedamos en tu casa en media hora —propuse.

Perfecto, nena cabrona.

¿Es mi nuevo mote? —vacilé.

Mmm... puede. Me lo voy a pensar —respondió Noe acompañando la frase con una carita sonriente.

Me puse un vestido vaporoso blanco y sandalias planas, y en poco más de cinco minutos estaba llamando al telefonillo de su portal.

—¿Sí? —respondió Noe.

—Soy yo. Abre.

Y abrió. Es increíble el maravilloso mundo de los telefonillos. Tú llamas, te preguntan «¿quién es?», tú respondes «soy yo, abre» y te abren, así sin más . Pero que lo he visto hasta en chavales que reparten propaganda. Llaman a todos los porteros y siempre hay alguien que, cuando el repartidor dice «soy yo, abre», suena el pitido de la puerta y ale, ya está abierta.

Bueno, total, que subí y, justo en ese momento, Cloe llamó al telefonillo.

—¡Hola, nena cabrona! —dijo Noe abrazándome con fuerza.

—Hola, inválida, ¿cómo vas con ese pie?

—Mejor, espero que esta semana me quiten ya la muleta.

En ese instante se abrió la puerta del ascensor. Era Cloe.

—¡Hola, unicornias! —exclamó.

—¡Hola! —respondimos al unísono.

Entramos y fuimos a sentarnos directamente al salón. Noe había sacado unas patatas y unas aceitunas.

—¡Guau, qué despliegue! —bromeó Cloe.

—Anda. Que te den. Si queréis algo de beber, movéis el culo y vais vosotras, que yo soy la lisiada.

—No le echas morro tú ni nada... —bromeé.

Cloe se levantó y preguntó desde la cocina:

—¡Noe! ¿Hay algo *light* para beber?

—Noooo... ¡solo cervezas! Lo único *light* que hay en esta casa es el agua, y no tengo tan claro que no engorde.

—Para la próxima me traigo mi bebida sin azúcar —susurró Cloe.

Así que llevó tres latas bien fresquitas, que dejó sobre la mesa.

—¿También necesitas que te la abra? —rio Cloe.

—No... si al final veréis... No sabéis la fuerza que tengo en este brazo desde que voy con la muleta; yo de vosotras evitaría tocarme

las narices.

—Tranquila, Mazinger Z —dije con sorna.

Abrimos las latas y brindamos por nosotras, por las incomprendidas unicornias, y dimos un largo trago después.

—Mmm. Qué fresquita. Qué bien entra... —apunté.

—Bueno... y hablando de entrar, ¿ya te ha entrado a ti Gael con su...?

—¡Noe! Joder, tía... Estás obsesionada, ¿eh? —reí.

—¿Yo? ¡Qué va! Es que me preocupo mucho por ti.

—¿Tú te crees que si yo me hubiera estrenado no os lo habría contado ya?

—¡Hombre, eso espero! —dijo Cloe.

—Es que, si no, te cortamos las pelotas. Tenemos que ser las primerísimas en saberlo, ¿eh?

—Vale. Prometo darle la exclusiva a la revista *Hola* después de contároslo a vosotras. —Arrugué la nariz.

—Oye, Cloe, estás más delgada, ¿puede ser? —preguntó Noe.

—Ehh... bueno, no sé... He empezado una dieta.

—¿La del cucurucho? —me reí.

—Noooo... ¡Qué salidas estáis, joder! Estoy empezando a comer un poco mejor.

—Bueno, pues eso está bien, ¿no? Siempre que tú estés a gusto y te encuentres bien —apunté.

—Sí, sí. Yo estoy genial —respondió—. Y bueno, ¿qué os contáis vosotras?

—¡No sabéis lo que me pasó antes de ayer! —saltó Noe.

—¡Cuenta, cuenta! —dije.

—Pues que salí a pasear un poco y me paré a comprar un café en el Starbucks de la esquina. Iba con mis cascos, escuchando a mi Nirvana, y según abro la puerta para salir, ¡zas!, un idiota se choca conmigo y ¡me tiró todo el café encima!

—¡Qué dices! —se rio Cloe—. Pues pobrecito. Lo compadezco. ¿No le diste una patada en los mismísimos?

—¡No te rías! ¡Me manchó mi camiseta de Metallica! Y menos mal que el teléfono no se mojó, si no ya te digo yo que lo cojo y no respondo de mis actos.

—¿Y qué te dijo? —pregunté.

—Yo qué sé; estaba tan cabreada que casi ni me acuerdo. Creo que me pidió perdón y que quería comprarme otro, pero lo mandé lejos.

—Pobre... —dijo Cloe.

—¡Qué coño pobre! ¡Me puso tibia!

—Pero seguro que fue sin querer...

—Ya, ¡vosotras defendedle a él! ¡Como siempre! Si es que ¿veis como soy una unicornia superincomprendida...?

—A ver..., solo te decimos que no lo habrá hecho a propósito. Y ¿qué tal?, ¿estaba bueno? —preguntó Cloe.

—¡Pues el caso es que sí!

Todas empezamos a reírnos a la vez.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no le dejaste que te invitara a otro?

—Pues porque estaba de muy mala hostia.

—¿Y cómo era? —pregunté.

—Pues recuerdo que iba vestido con traje y corbata. Y lo que se me quedó grabado fue el color de sus ojos. Eran verdes y preciosos.

—Uhhhhhh —dijo Cloe—. Así que preciosos, ¿eh? —bromeó diciendo el adjetivo con cierto retintín.

—Jajaja, ¿ha dicho *preciosos*? Pero si lo más bonito que te he oído decir de un tío es que tenía un culo de campeonato o un paquete para enviar por Secur.

Noe se puso colorada. Era la primera vez que le oíamos decir algo tan poco sexual en relación con un chico.

—¿Queréis dejar de vacilarme? La próxima vez os va a contar algo Rita la Cantaora, no te jode...

Su comentario y su fingido mosqueo nos hicieron reír aún más. Noe era única y original, tanto por dentro como por fuera.

—Bueno, a ver, listillas, y vosotras, ¿qué tenéis que contar? —dijo mientras se encendía un cigarro.

—Pues que ayer, el gilipollas de Mora apareció por la tienda. Gael y él casi acaban a golpes.

Mis dos amigas abrieron los ojos como platos.

—¿Cómo? A ver, ve por partes. ¿Cómo sabe que curras allí? —preguntó Noe.

—Pues ni idea. Lo único que sé es que apareció con Rafa, con un aire de superioridad que me dieron ganas de vomitarle encima, y se puso chulito. Solo quería que le atendiera yo, y como no me encontraba muy bien, la cosa se lio un poco.

—Define *un poco* —dijo Cloe.

—Pues nada, empezó a decir que menuda dependienta...

—Ese tío es un auténtico gilipollas. Te juro que como me cruce algún día con él, le capto de un muletazo —advirtió Noe—. ¿De qué va ese chaval?

—No eres la única a la que le encantaría caparle —respondí.

—¿Y qué pasó al final? —preguntó Cloe.

—Pues que terminó diciendo que yo estaba como para hacerme un favor, o algo así, y Gael los echó de la tienda.

—Lo que te digo. Un gilipollas con todas las letras. Es que uffffffff... me dan ganas de... —suspiró Noe.

Si mis amigas supieran realmente lo que había pasado, probablemente tendría que haberlas sujetado antes de que hubieran terminado en la cárcel por cargárselo. Me estaba costando mucho guardar el secreto, pero teniendo en cuenta que Mora sabía hasta dónde trabajaba, me tenía cogida por todas partes. No podía hablar o tendría represalias.



Había pasado algo más de una semana y Gael y yo seguíamos juntos. Manteníamos las distancias en el trabajo para no llamar la atención, pero nos saboreábamos en el despacho en cuanto teníamos ocasión.

Las entradas que me regalaron mis padres para ver el musical *Dirty Dancing* eran para esa noche. Me apetecía que Gael me acompañara, así que se lo pregunté y, aunque al principio me empezó a vacilar diciéndome que eso era para chicas, que seguro que se quedaba dormido, al final no lo dudó.

—Si es contigo, voy donde sea —respondió finalmente.

No creas que, en un primer momento, dudé sobre si ofrecérselo a él o a alguna de mis amigas. Tampoco lo conocía tanto como para saber sus gustos, y lo mismo me decía que sí por compromiso o se inventaba una excusa para no ir. Pero finalmente me sorprendió al aceptar mi invitación, aunque nunca sabré si fue por obligación o no.

Yo estaba nerviosísima; era la primera vez que iba a ver un musical, y encima basado en una película que me había gustado tanto y que había visto tantísimas veces.

El espectáculo empezaba a las ocho y media y había quedado con Gael en que vendría a buscarme a las seis para tomarnos algo antes de entrar. Me puse cómoda, un vestido corto blanco con lunares negros, unas sandalias con algo de plataforma y una cazadora vaquera. Me dejé el pelo suelto y apenas me maquillé. Solo utilicé una base con algo de color y un poco de máscara negra de pestañas.

Habíamos quedado en una de las calles paralelas a la mía. Estaba segura de que mi padre se asomaría a la ventana en cuanto saliera por la puerta. Les había dicho que iba a ir con Cloe, aunque sabía de sobra que no me habían creído. Pero me pareció más fácil mentir que decirles a bocajarro que me iba al teatro con mi jefe. Más que nada para evitar en lo posible broncas y malentendidos antes de irme.

Bajé las escaleras inquieta. Gael ya me había mandado un mensaje para avisarme de que estaba parado en doble fila en la calle donde habíamos quedado. Salí del portal y caminé con una sonrisa perpetua en la boca hasta que di la vuelta a la esquina y le vi apoyado en su coche hablando por teléfono. En cuanto me vio, sonrió. Dijo algo a la persona con la que hablaba y colgó. Guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y cruzó los brazos sobre el pecho.

¡Madre mía, qué guapo estaba! Si hubiera dado rienda suelta a mis instintos en ese momento, me hubieran detenido por escándalo público. Pero es que estar tan bueno tampoco podía ser legal. ¡La de esguinces cervicales que tenía que provocar este chico paseando por la calle! Estaba por tatuarle en la frente mientras dormía: «propiedad de Naira Cruz». Aunque lo mismo se mosqueaba cuando se mirara en el espejo. Pero bueno, entre que se lo ve, busca clínica para quitárselo y luego el tiempo que tarden en borraré, más de diez o veinte chicas lo habrían visto. Tendré que pensármelo seriamente.

Cuando llegué hasta él, me lancé a sus brazos con alegría y entusiasmo. Me recibió de la misma manera; me cogió por la cintura y me apretó contra él.

—Hola, preciosa —susurró dándome un dulce beso en la punta de la nariz.

—Hola, pequeño. ¿Qué tal?

—Ahora mucho mejor.

Nos dimos varios besos cortos e intensos sin dejar de mirarnos.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Claro. Venga.

Me abrió la puerta del copiloto y, tras cerrarla, rodeó el coche hasta llegar a la suya. Una vez dentro, encendió el motor y se puso el cinturón de seguridad. Se dio la vuelta y se acercó a mí para besarme de nuevo.

—Estás impresionante.

—¿Sí? ¡Qué va! —respondí alisándome la falda.

—Créeme que sí.

—Tú sí que estás guapo.

Y le cogí la cara con ambas manos y le planté un pedazo de beso en la boca.

—Vámonos antes de que la cosa se caliente. —Me guiñó un ojo.

Aún me ruborizaba ante esos comentarios. No estaba acostumbrada a que un chico pudiera sentir algo tan especial por mí. Nunca había sido una chica con la autoestima muy alta, y mucho menos después de lo de Mora.

No tardamos demasiado en llegar al teatro; además, tuvimos la suerte de poder aparcar en la calle de enfrente. Sacamos el tique de la ORA y, mientras Gael lo colocaba en el salpicadero del coche, yo miraba ensimismada la fachada del teatro, del que colgaban un par de grandes lonas con la imagen de la obra.

En ese instante, Gael me abrazó por detrás y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Te gusta?

—¡Sí! ¡Estoy superemocionada! No te imaginas lo que me gusta la película, así que tengo muchas ganas de ver el musical.

—Pues aquí estamos. Para disfrutarlo.

Me besó ligeramente el cuello y me di la vuelta para buscar sus labios.

—Aún es pronto —dijo—. ¿Te apetece que tomemos algo antes?

—Claro, ¿alguna sugerencia?

—Conozco un bar que pone unos pinchos riquísimos. ¿Te hace?

—¡Sí!

Y nos dirigimos dando un paseo hasta un bar de dos plantas llamado El Eclipse, revestido de madera y con muchos tipos de pinchos. Encima de la barra había un largo estante lleno de diferentes botellas de vino y, detrás, un heterogéneo muestrario de bebidas alcohólicas.

El local estaba bastante concurrido, así que Gael, cogiéndome de la mano, me llevó hasta un pequeño hueco al final de la barra, que ocupamos antes de que alguien nos lo quitara.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó.

—Mmm..., una caña.

—Vale. Yo tomaré lo mismo. Ve mirando qué pincho quieres para pedírselo también al camarero.

Uff..., qué difícil decisión; tenían todos tan buena pinta que no sabía cuál elegir. Dudé entre un rulo de salmón ahumado con lechuga, queso y miel y otro que llevaba un pequeño filete fresco de *foie* con cebolla caramelizada y un chorrito de vinagre de Módena. Al final opté por el de salmón y, casualidades de la vida, Gael acabó por pedirse el de *foie*.

De fondo sonaba *I don't wanna live forever*, de Zayn y Taylor Swift, cuando Gael empezó a sonreír mientras me miraba, pero sin decirme nada.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes? —pregunté contagiada por su sonrisa.

—De nada, de nada —negó con la cabeza.

—Ya, claro. Venga, va, cuéntamelo.

—Es que quería esperar a contártelo después del teatro, a lo mejor mientras cenábamos.

Abrí los ojos como platos.

—Entonces, ¿sí que hay algo que me quieras decir? —respondí intentando hacerle cosquillas en la cintura.

—Para, para —se rio—. Espera.

Le solté y, con los brazos en jarras, esperé a que hablara.

—¿Y bien? —insistí.

—A ver. —Me cogió las manos—. Llevo un par de días dándole vueltas a algo que me gustaría hacer y, tras consultarlo con la almohada, creo que al final me voy a lanzar.

—Cariño... —dije con una seriedad fingida—, aún es pronto para casarnos.

Soltó una gran carcajada.

—No era eso, pero es bueno saber lo que piensas al respecto.

—Venga, va, ahora ya en serio. Dime qué es lo que te hace hablar con otra todas las noches.

—¿Con otra?

—Sí, con tu almohada. Es la otra, ¿verdad? ¿Debería estar celosa? —Entrecerré los ojos.

—Bueno..., lleva muchas noches durmiendo conmigo. Lo mismo siente algo por mí y no me lo ha dicho aún —siguió con la broma.

—Mmm..., tendré que tomar cartas en el asunto. Desde hoy duermes sin almohada.

Los dos empezamos a reírnos ante lo surrealista de la conversación que estábamos teniendo, pero que tan buen rato nos estaba haciendo pasar.

—Me voy a ir a vivir solo, Naira. Me mudo.

Se me borró la sonrisa, que dio paso a un gesto de sorpresa.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. No aguanto más estar en casa de mis padres. Y, bueno, tengo algo de dinero ahorrado, y con el trabajo en la tienda... Mis padres tienen un ático en la calle Serrano, que siempre me han dicho que sería para mí, y... creo que ya es el momento.

—Ehh, no sé qué decir. Me ha pillado un poco por sorpresa.

—Voy a cumplir veintidós años y me apetece independizarme. Al final, como sigamos compartiendo techo, acabaremos peor de lo que

ya estamos. —Negaba con la cabeza preocupado.

—Me parece fenomenal, Gael. Si es lo que quieres, hazlo.

—Pero no es solo por eso, Naira.

—¿Hay algo más?

—Bueno..., sí. Desde que estamos juntos, me gustaría pasar mucho más tiempo contigo. En la tienda tenemos que reprimirnos y fuera de ella tampoco tenemos donde estar tranquilos. Será un sitio en el que podremos estar relajados, sin preocuparnos de que nos vean o de que alguien pueda interrumpirnos. Será nuestro lugar.

Me quedé un poco helada. Según me lo explicaba, me parecía como que estábamos empezando a construir nuestro nidito de amor, y asustaba mucho, la verdad. Esto empezaba a convertirse en algo un poquito más serio, y yo no sabía si ya estaba preparada.

61

NOEMÍ



Esa tarde, Noe estaba sentada en el sillón de su casa viendo un capítulo de una de sus series preferidas, *The Walking Dead*, cuando su madre le mandó un mensaje: «Cariño, llegaré tarde a casa. Hoy no ha sido un buen día y se me ha acumulado mucho trabajo, que tengo que sacar para mañana. No me esperes para cenar; comeré algo aquí. Un besito».

Lo primero que se le vino a Noe a la cabeza fue imaginarse a su madre de cenita con su nueva novia, de risas, besos y caricias. No era el trabajo precisamente. Según lo iba pensando, más mala leche le iba entrando. Ya la serie era lo de menos; pasaba de los zombis — con el cabreo que tenía no se enteraba de nada—, así que se fue a su habitación, se tumbó en la cama, se encendió un cigarro y empezó a despotricar en alto.

—Es que no me jodas; ahora resulta que últimamente tiene que trabajar más, ¡y se pensará que yo me chupo el dedo! Es que es increíble. Como tiene nueva sexualidad, tendrá que dedicarle más horas para aprender bien, ¿no? Le estará dando clases intensivas la

Anita esa. Desde luego, cualquier día cojo las cosas y me piro de casa. ¡Aunque sea debajo de un puente! ¡Es que no me jodas! ¿Y ahora qué cenó yo?

Siguió explayándose y vomitando en voz alta todos sus pensamientos, y la verdad es que le fue bien para desahogarse un poco.

—Pues nada, me voy al súper a comprarme una pizza y una tarrina de helado para ahogar las penas.

Bajó muleta en mano —ya solo la llevaba para salir a la calle— y paseó hasta la tienda que había cerca de casa. Hacía calor y, al entrar en el comercio, recibió un golpe de aire frío en el rostro que, en el fondo, agradeció.

Recorrió varios pasillos, aprovechando la agradable temperatura. No utilizó cesta porque su intención era comprar solo la pizza y el helado.

Llegó a los congelados, observó minuciosamente todos los tipos de pizzas y al final terminó cogiendo la de siempre, la cuatro quesos; era una chica de gustos fijos. Después se paseó hasta donde estaban los helados y, aunque también tenía muy claro que quería el de *banoffee*, de Häagen-Dazs, que era su preferido, se quedó embelesada mirando los de chocolate belga, sorbete de mango, de limón, frambuesas... Finalmente cogió el que ya tenía en mente y, con la compra en un brazo y la muleta en el otro, se fue hacia las cajas para pagar.

Todavía estaba bastante cabreada con su madre por lo de dejarla tirada en las cenas últimamente y caminaba refunfuñando sin ver más allá de sus pies. Y de repente, al girar en uno de los pasillos, se dio de bruces con alguien que hizo que toda la compra se le cayera al suelo. Con una mano se sujetó en el hombro de aquel desconocido mientras con la otra agarraba con fuerza la muleta. Notó como una mano la aferraba con decisión del antebrazo.

—Perdón, perdón —dijo el desconocido—. ¿Estás bien?

Noe alzó la mirada después de observar toda su compra por el suelo.

—Sí, sí, estoy bien.

Los dos se quedaron mirándose, perplejos.

—Yo..., eh..., ¿no nos hemos visto antes? —dijo el chico.

—No lo sé —mintió Noe.

Sabía perfectamente quién era: el chico con el que chocó en la cafetería y que le derramó el café por encima. «Qué puñetera casualidad», pensó. No había más supermercados ni más personas con las que darse de bruces que con este chico.

Noe comenzó a agacharse a recoger su compra, pero el ya no tan desconocido se lo impidió.

—No te agaches; espera, que yo te lo recojo.

Y eso hizo. Cogió ambas cosas y, tras alcanzar una cesta cercana, lo metió todo allí. La verdad es que era guapísimo. Noe se sentía superatraída por él, pero lo que estaba claro es que no era para nada su tipo. Parecía mayor que ella, vestía de traje y tenía una educación impecable. Nada, la noche y el día. Además, ella tenía diecisiete años; cualquier tipo trajeado probablemente sería más mayor que ella.

—¿Ibas hacia la caja? —preguntó él.

—Eh..., sí.

—¿Puedo acompañarte?

—Esto es un sitio público, ¿no?

—¿Eso es un sí? —alzó las cejas mientras sonreía.

«No, no, no sonrías, que pierdo mi poder de ser una chica dura y protegida por mi fiel escudo», pensó Noe.

—Eso es un... tómatelo como quieras.

La respuesta le hizo reír.

—Eres dura, ¿eh?

—Qué va. Te equivocas.

—Una chica dura que toma pizza cuatro quesos y helado de... —y se agachó para sacarlo de la cesta y ver el sabor— ¿banoffee? ¿Qué coño es eso? —dijo extrañado.

Noe le arrebató la tarrina para ponerla bruscamente de nuevo en la cesta.

—¿Quieres dejar mi compra de una vez?

—Perdona, pero jamás había visto este helado.

—Pues hala, si lo quieres ver, te lo compras.

Y Noe se dio la vuelta para dirigirse a la caja. Cuando ya estaba allí, el chico se puso detrás de ella y le susurró:

—Como este sitio es público, elijo libremente la fila en la que quiero ponerme.

Noe intuyó una sonrisa tras el comentario, y lo mejor era que ella también esbozó una, a sabiendas de que él no la veía. No le respondió; sacó el monedero, pagó y, haciendo casi malabarismos, volvió a guardarlo en el bolso. Salía de la tienda entre nerviosa y disgustada, cuando al minuto oyó tras ella:

—¡Noemí! ¡Espera!

Se dio la vuelta como una exhalación.

—¿Cómo coño sabes mi nombre? ¿Eres algún tío raro de esos que persiguen a las mujeres y luego las matan, las trocean y las guardan en el congelador? ¿Me estás siguiendo? ¿Qué coño quieres?

—Eh..., para, fiera... Se te ha caído el DNI en la tienda, nada más.

Noe se puso la mano en la frente y cerró los ojos. Joder, esta vez había metido la pata hasta el fondo.

—De momento, no me dedico a ser asesino en serie —continuó él— y espero no tener que serlo nunca. Me han llamado muchas cosas, pero te aseguro que esto es la primera vez. —Medio sonrió.

Noe le miró, bajó la mano y también sonrió.

—Lo siento —susurró—, de verdad que lo siento.

—Soy Marco. Para ti, Marco el Acosador —bromeó él.

—Mi nombre creo que ya lo sabes. Joder, me siento superavergonzada, y te aseguro que poca gente consigue hacerme sentir así. Lo siento.

—La verdad es que, al ver tu reacción, dudaba de quién estaba atacando a quién.

De repente, alzó las cejas con gesto sorprendido.

—¡Anda, ya sé de qué te conozco! ¡Eres la chica a la que tiré el café el otro día! ¡Por eso me acabas de decir todo esto de que te persigo!

Noe asintió sutilmente y se mordió el labio.

—Bueno, visto así, entiendo que creas que soy un depravado.

—No..., yo..., de verdad que no pienso... Da igual, ya la he cagado, y me da la sensación de que cuanto más hable, más voy a meter la pata.

—No te preocupes.

Tras un silencio incómodo, Marco retomó la conversación.

—Eh..., ¿tienes prisa?

Noe consultó la hora, aunque tampoco sabía muy bien por qué. Nadie la esperaba en casa hasta dentro de unas horas, así que mucha prisa no tenía.

—Depende de para qué —bromeó.

—Para invitarte al café que el otro día te tiré. Te lo debo.

Ella sonrió y asintió con la cabeza. Marco acercó su mano a la de Noe y le cogió la bolsa.

—Pues vamos.

Y se dirigieron a la cafetería donde se vieron por primera vez.

No tardaron más de cinco minutos en llegar. Había bastante gente y Noe, nada más entrar, divisó una mesa al final del local, junto a un gran ventanal donde estaba impreso el nombre de la cafetería.

—Siéntate —dijo Marco al ver adónde dirigía Noe la mirada—, voy pidiendo. ¿Qué quieres?

—Un *caffè latte*, por favor.

—Perfecto. Ahora te lo llevo.

Noe le cogió la bolsa de la compra y se acercó a la mesa, que aún seguía vacía. Se sentó, dejó el helado y la pizza en el suelo y colocó el bolso en la silla de al lado.

—Joder —se quejó en un susurro—, no he caído en que el helado se me va a derretir... Bueno, ya qué más da.

Cogió su móvil para mirar los mensajes mientras Marco llegaba con las bebidas.

—Aquí estoy. Ten, tu café.

—Gracias.

Noe empezó a echar azúcar en su bebida y sintió la mirada de Marco sobre ella. Cuando alzó la vista confirmó sus sospechas.

—¿Se puede saber qué miras?

—¿Qué? —sonrió.

—Que qué estás mirando.

—Creo que es evidente, ¿no? A ti.

—¿Por alguna razón en especial? ¿Tengo tres ojos?, ¿dos narices?, ¿me he vuelto calva de repente?

Marco soltó una gran carcajada, que sonó hasta sexi.

—A ver..., de momento, no. Sigues igual que cuando nos hemos encontrado.

—No mientas, no nos hemos encontrado. Nos hemos chocado.

—Bueno, pues chocado. ¿Siempre eres tan...? —Se quedó pensando mientras buscaba la palabra correcta.

—¿*Porculera*?

—Jajaja. No era esa la palabra que buscaba, pero se puede adaptar a lo que pensaba —asintió un par de veces.

—Es de nacimiento, tranquilo. No es nada que me hayas provocado tú tras el golpe.

—¿Y eres también siempre así de ingeniosa en tus comentarios?

—No sé si ingeniosa o no, pero sí, suelo ser así. ¿Y tú? ¿Cómo eres? ¿Eres siempre tan... correcto?

—¿Correcto?

—Eso he dicho.

—¿Lo dices porque voy con corbata?

—Creo que también influye, sí. Aunque también podría decir... educado.

—Me alegra que sientas que lo estoy siendo contigo.

—Menos por la hostia que nos hemos dado, que ahí cambiaría educado por despistado, por lo demás, sí. Te has preocupado por

cómo estaba, me has llevado la bolsa de la compra, me has pedido el café, lo has pagado... Añado caballeroso.

—Al final vas a hacer que me ponga colorado —bromeó.

—No creo que una niña como yo pueda sorprender a un tío como tú.

—¿No?, ¿por qué?

—Llámalo intuición.

—Lo llamaría prejuicio.

—No soy prejuiciosa. Quien me conoce lo sabe.

Para Noe, esta conversación se estaba convirtiendo en un tira y afloja bastante divertido; parecía fácil desarmarle, y eso le gustaba. Un tonteo encubierto todavía animaba más la situación.

Marco dio un largo trago a su café mientras sostenía la mirada de Noe.

—Y dime —continuó él dejando la taza sobre la mesa—, ¿qué edad tienes?

—Menos de la que piensas.

—¿Por qué crees que pienso eso?

—Porque si supieras mi edad, no estarías aquí sentado conmigo.

¿Y tú? ¿Cuántos años tienes?

—Si te respondo, ¿me dirás la tuya?

—Puede.

—Veintiséis.

—Confirmado. Sabía que saldrías corriendo.

—¿No me dirás que tienes trece años? —bromeó.

—Caliente, caliente.

—¡Venga ya! A ver, sorpréndeme.

—¿Cuántos me echas?

—Joder..., después de lo que me has dicho, me da miedo decir un número. —Se estiró en la silla y se rascó la nuca mientras pensaba.

Noe le sostenía la mirada con una pícara sonrisa. Lo tenía en el bote. El gesto nervioso de tocarse el cuello le delataba. Se sintió dueña de la situación y disfrutó del momento, con el miedo de que

Marco se levantara, se marchara y no volviera a verle más si supiera su edad. Mientras tanto, él divagaba sin perder la sonrisa.

—Veinte. ¿Tienes veinte?

Ella negó con la cabeza.

—Si los tuviera, sería legal que estuviéramos aquí tomando algo juntos.

—No me jodas —medio sonrió—. ¿Eres menor de edad?

—Sí.

—No me lo creo.

—Tendrás que creértelo. No pienso sacar mi DNI para que lo compruebes porque salgo fatal en la foto. Y prefiero que, antes de que salgas corriendo, te quedes con esta imagen y no con la otra —dijo dando un trago al café.

Marco la miró desafiante. No sabía hasta qué punto era un juego o cuánto había de verdad. ¿Y si realmente era menor de edad? Para nada lo aparentaba. No sabía si era por su físico o por su personalidad aplastante, pero pondría la mano en el fuego por que esa chica tenía al menos veinte años.

—Pues dejémonos de rodeos. Confiesa tu edad mientras me voy colocando las esposas.

Noe cogió aire sin dejar de mirarle y después resopló.

—Diecisiete.

Marco se la quedó mirando sin sonreír, pero tampoco con gesto serio. Solo la observó. Al ver que él no decía nada, Noe habló.

—Ahora es el momento en el que te levantas y, con la educación que te caracteriza, te despides de mí con un hasta pronto y no vuelvo a verte más.

Una mueca en forma de media sonrisa apareció en la cara del chico, lo que hizo que Noe también comenzara a respirar de nuevo. Se puso tensa ante la falta de respuestas por parte de él. Hasta que Marco se incorporó en la silla y, echando el cuerpo hacia delante, dijo:

—Noemí, no solo no me voy a ir, sino que voy a esperar a que cumplas los dieciocho para poder volver a verte y que no sea delito.

A Noe le dio un vuelco el corazón. *Touché*. Eso sí que no se lo esperaba. Alzó las cejas y, mordiéndose el labio inferior, adquirió la misma postura que él.

—Veintiocho de agosto.

—¿Cómo?

—Mi cumpleaños, el veintiocho de agosto.

—Joder, me alegra saber que solo falta un mes para eso.

La atracción entre ambos era más que evidente.

—Vamos a hacer una cosa —propuso Marco.

—A ver, sorpréndeme.

—¿Qué te parece si me das tu número de teléfono y hablamos a finales del mes que viene?

—¿Del mes que viene? —preguntó extrañada.

—Ya tendrás los dieciocho, que veo que es algo que te preocupa, y, si te soy sincero, a mí también.

—Ah, vale. ¡Me parece bien! Pero no podrás escribirme ni llamarme hasta que no tenga los dieciocho —le advirtió.

—Uf, eso no te lo puedo prometer.

—Entonces, si lo haces, no volverás a verme. Sé que podrás aguantar. —Arrugó la nariz.

Los dos se quedaron mirándose mientras sonreían, hasta que Noe rompió el hielo.

—Bueno —comenzó a levantarse—, creo que es hora de irme.

Y al coger la muleta, Marco también se levantó y agarró la bolsa de la compra. Los dos salieron a la calle y, justo cuando Noe iba a despedirse de él, la interrumpió:

—¿Vives lejos?

—No, aquí al lado —respondió girando la cabeza hacia su calle.

—Tengo el coche en la misma dirección. ¿Te importa que vaya contigo?

—Pues..., eh..., supongo que no. La calle es de todos, ¿no?

—Jajaja, igual que el supermercado, ¿verdad?

—Jajaja, verdad, verdad.

Caminaron mientras charlaban sobre por qué Noe llevaba la muleta hasta que, sin darse cuenta, llegaron al portal.

—Es aquí —dijo ella.

—Joder, creo que mi coche se ha quedado un poco atrás —respondió Marco dándose la vuelta—. ¡Ah, no! Está ahí.

—¿Cuál es?

—Ese rojo, el que está detrás del Mercedes blanco.

—¿Un Golf?

—Sí.

—Me gusta.

—Gracias.

—Bueno, pues gracias por acompañarme.

—Un placer. Cuídate ese pie.

—Más me vale.

—Nos vemos en unos días.

—Perfecto.

Noe se moría por darle un beso en los labios. Y Marco también, pero había que ser realistas y, aunque era una faena que una fecha marcara el día en el que podrían ser algo más que amigos, era lo que tocaba. Se despidieron con dos besos que escondían más intención de lo que aparentaban.

Noe abrió el portal y cerró la puerta pensando en si volvería a verle o habría sido solo una promesa animada por el momento.



La fila para entrar al teatro era tremenda. Aún no habían abierto las puertas; faltaba media hora para que comenzase el espectáculo. Íbamos cogidos de la mano y nos colocamos detrás de una pareja que no paraba de abrazarse y besarse. Gael me miró alzando las cejas y sonrió. Me rodeó con suavidad por la nuca y me atrajo hacia él para después besarme en la sien. Sentía tantas cosquillitas en el estómago cuando hacía ese tipo de cosas que, en esos momentos, hubiera firmado por pasar mi vida entera con él.

Estamos de acuerdo en que yo no había tenido más relaciones con las que comparar para saber si esta era la mejor o no, pero estaba tan feliz que no me hacía falta probar ninguna más. Evidentemente, lo que tuve con Mora no contaba.

Las personas que teníamos delante en la fila comenzaron a avanzar a paso lento; por fin habían abierto las puertas. ¡Qué nerviosa estaba! Me moría de ganas de entrar y disfrutar del musical. Teníamos solo un par de parejas delante, así que saqué las entradas del bolso para tenerlas preparadas.

Por fin llegó nuestro turno y accedimos al interior. El chico que recogía las entradas se detuvo a leer dónde estaban nuestros

asientos.

—Por la puerta que os queda justo enfrente —nos indicó.

—Muchas gracias —respondimos al unísono.

Al atravesar el vestíbulo y entrar en la gran sala del teatro, se abrió ante mí una amplia estancia llena de butacas rojas y, al fondo, enmarcando el espacio, el escenario, oculto por un gran telón oscuro sobre el que se proyectaba el título de la obra. Me puse la mano en la boca de la emoción y Gael me cogió del hombro para atraerme hacia él.

—Permitidme —dijo el acomodador solicitándonos las entradas—. Tercera fila. Acompañadme por aquí.

A ambos lados de las butacas había dos pequeñas barras de bar, con palomitas, patatas fritas, chuches y bebidas variadas. Yo miraba a un lado y otro alucinada; parecía una niña con zapatos nuevos.

—Estos son vuestros asientos —nos indicó el chico.

—Gracias —respondí.

Sobre el escenario, cuatro músicos, ataviados con atuendos de la época en la que la obra estaba ambientada, tocaban temas instrumentales para amenizar la espera antes de que diera comienzo el espectáculo.

—¡Estoy supernerviosa! —dije a Gael apoyándome en su hombro. Recibió mi comentario con una gran sonrisa.

—Yo también. Uf, tengo unos nervios... —vaciló.

—¡Oye! ¡Que hablo en serio! —respondí dándole un golpecito.

—Y yo y yo —sonrió.

Le di un beso en los labios y, en ese instante, a un volumen que hizo vibrar todo el teatro, comenzaron a sonar los primeros acordes de *Be my baby*, de The Ronettes. Se oyó un suspiro generalizado entre la gente. El espectáculo comenzaba. Me acomodé en la butaca y, con nuestras manos unidas, empezamos a disfrutar de él.

Creo que ni pestañeé a lo largo de la primera parte. Me sabía las canciones de memoria, los diálogos..., hasta casi los gestos de los protagonistas. El corazón me iba a mil por hora y noté como en varias ocasiones Gael me miraba con una sonrisa en los labios. ¿Que

por qué sabía que sonreía? Pues ni yo lo sabía, pero estaba convencida.

Tras una intensa primera parte llegó el descanso. Cogí aire y suspiré para soltar toda la tensión retenida durante la obra. Apenas había respirado para no perderme ni un solo gesto de los actores.

—¿Quieres que compremos algo para comer o beber? —me preguntó Gael.

—A mí no me apetece nada. ¿Y a ti?

—A mí la verdad es que tampoco.

—Bueno, y ¿te está gustando? —pregunté ilusionada.

—No creo que más que a ti. ¡Parece que te han abducido!

Me carcajeé.

—¡Qué dices! Eres un exagerado.

—¿Exagerado? Es que tú no te has visto. ¡Si hasta he creído oírte decir los diálogos antes que ellos! —se rio.

—Bueno, eso puede que sí. ¿Qué culpa tengo yo de haber visto la película mil veces?

—Ninguna, ninguna. Pero ¿sabes qué?

—Qué.

—Que estoy disfrutando muchísimo viéndote así de emocionada. De verdad.

—Bueno, digamos que soy fácilmente impresionable. —Alcé las cejas.

—Por eso me gustas —dijo más serio—. Tienes la capacidad de sorprenderme a cada momento, de hacerme ver que las cosas sencillas son las que más felices hacen a la gente. Nunca pensé que disfrutaría tanto de un musical como lo estoy haciendo ahora, y te aseguro que nunca había venido a ver ninguno, porque no es un tipo de teatro que me llame mucho la atención. —Hizo una pausa—. Gracias, Naira.

Tragué saliva y le miré. Si yo era capaz de sorprenderle a diario, él tenía la habilidad de hacerme feliz cada minuto del día con un gesto, una mirada, una palabra o un silencio.

—Gracias a ti. Por ser como eres y por hacerme la vida mucho más feliz.

Me cogió la cara con las dos manos, con una dulzura que me provocó un escalofrío, y me besó. Me dejé llevar por esa muestra de cariño tan íntima hasta que me separé para darle un tímido beso en la nariz.

En ese instante, la música volvió a sonar para informarnos de que la segunda parte iba a comenzar, y con un respingo me volví a colocar en mi asiento, dispuesta a disfrutar de lo que quedaba de función.

Tras unos cuarenta y cinco minutos, el musical terminó, lleno de bailes, canciones y aplausos, muchos aplausos. No tenía palabras para definir lo mucho que me había gustado y la cantidad de emociones que me había hecho sentir y revivir.

Salí del teatro de la mano de Gael y con una gran sonrisa en los labios, y nos dirigimos a un conocido restaurante de la zona para cenar algo antes de ir a casa.

Entramos y no tardaron en darnos mesa, en la que nos sentamos uno frente al otro.

—Bueno, te veo muy sonriente —dijo Gael.

—Jo, es que me ha encantado.

—No, si me he dado cuenta —sonrió.

—Pero no toda mi sonrisa es por el teatro.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Entonces?

—Tonto, si sabes de sobra por qué es. —Me entró la timidez de repente.

—Me gustaría escucharte a ti decirlo.

Sonreí con vergüenza, bajé la mirada y, al alzarla, me mordí el labio inferior. Elevó las cejas al observar mi gesto y sonrió. Entorné los ojos antes de responderle y, tras un pequeño silencio, dije:

—Sabes que es por ti. Porque me siento súper a gusto contigo, Gael.

Pasó su mano por encima de la mesa hasta ponerla sobre la mía.

—Me encanta pasar el máximo tiempo del día contigo, Naira.
Creo que con eso te lo digo todo.

Cenamos entre cómplices miradas, tiernas sonrisas y arrumacos que me hicieron llegar a casa como en una nube.



Había pasado un mes desde que Gael y yo nos habíamos enrollado en mi fiesta de cumpleaños y seguíamos juntos y cada vez más enamorados. Sí, confieso abiertamente que estaba locamente enamorada de ese chico. Para qué iba a mentir si se me veía a la legua lo que sentía por él. Aún no le había dicho directamente que le quería, con todas las letras, pero mi corazón se lo repetía muchas veces cuando estábamos juntos.

En la tienda nos encontrábamos muy a gusto; yo cada vez aprendía más y él no dudaba en enseñarme. A veces, cuando cerrábamos, se nos iba un poco de las manos y acabábamos dándonos el lote en el despacho, siempre a punto de hacer algo más, pero parábamos porque yo no estaba segura aún de querer pasar de los preliminares y él me respetaba totalmente.

Hoy hacíamos un mes juntos. Era domingo, no trabajábamos y Gael me dijo que no hiciera planes, que reservara la jornada para él. Y yo, dicho y hecho, porque la verdad era que había pensado lo mismo. Quería pasar con él todo el día de nuestro primer *mensuario*.

Me dijo que me recogería en mi casa sobre las once de la mañana. Así que les conté a mis padres que pasaría el día fuera y la

noche también.

—¿También la noche? —preguntó mi padre con el ceño fruncido.

—Sí, papá. Es que voy a pasar el día con Noe en su casa.

Mentirosa. Y una mentira planificada y organizada previamente con mis amigas por si a mis padres les daba por investigar.

—¿Y por qué no pasas el día con ella y duermes aquí? —preguntó mi padre.

—Pues... porque... —Mierda, se me acababan los argumentos.

—Deja que la niña disfrute —interrumpió mi madre.

Sonreí ante su comentario. Las madres eran, sin duda, las mejores cómplices de los hijos; sin decirle nada, sabía lo que pensaba y lo que quería.

Ellos desconocían que yo salía con Gael. A ver, no se lo había dicho directamente, pero tontos no eran. Sabían perfectamente que me veía con alguien, pero los tres compartíamos un lenguaje en el que no hacía falta hablar para saber. Y, claro, mi padre estaba que se subía por las paredes. Que su única hija saliera con alguien era como decirle en su cara que a su hija la iban a tocar, a besar..., y eso le ponía enfermo.

Una tarde les oí hablar en la cocina:

—Creo que tu hija sale con alguien —le dijo mi padre a mi madre mientras sacaba una cerveza de la nevera.

—¿Sí? No sé —respondió mi madre en tono desinteresado mientras preparaba una menestra de verduras.

—¿Y no te preocupa?

—Tanto como preocuparme, no. Creo que tiene la cabeza muy bien amueblada.

—Claro, ¡ella sí!, pero ¿y los degenerados de los chicos de hoy en día?

—No seas exagerado, cariño.

—¿Exagerado? Los chavales solo quieren una cosa, y es llevárselas a la cama la primera noche.

—¡Por Dios! ¡No digas eso! Naira no es así.

—Ya, ya..., ¿y ellos?

—A ver, cariño —dijo ella dejando a un lado del fuego la sartén y acercándose a mi padre—. Tu hija ya tiene dieciocho años y tendrá que juntarse con chicos. ¿Tengo que recordarte que a su edad ya iba a ser madre?

Mi padre dio un largo trago a la cerveza.

—Ya, pero mi hija es mi hija, y solo pensar que algún desalmado le pueda hacer algo...

Cuando escuché eso, el corazón comenzó a irme a mil por hora. Agradecí que no supieran nada de lo que me pasó con Mora. Mientras tanto, seguía escondida fuera de la cocina, pero miraba la escena por el rabillo del ojo.

—Estate tranquilo, cielo. —Le dio un pico en los labios—. Tu hija es responsable y está en la edad de conocer gente y experimentar nuevas cosas.

Mi padre resopló no muy convencido y se levantó para tirar la lata a la basura. Yo aproveché para correr a mi cuarto y que no me pillaran escuchando.

Mientras recordaba esa conversación, mi madre me llamaba sin yo enterarme.

—¡Naira, hija! ¿Me oyes?

—¡Ay! ¡Dime, mamá! Estaba pensando en otras cosas.

—Ya veo, ya...

—Perdona.

—Que te decía que a qué hora te vas.

—He quedado a las once en la esquina.

—¿No comes aquí entonces?

—No, mami.

—Bueno. ¿Y entonces duermes con Noe?

—Sí.

No me gustaba nada engañarla, pero era un caso de fuerza mayor. Estaba convencida de que ella también habría dicho alguna mentira piadosa a mis abuelos para poder ver a mi padre.

—Vale, cariño. Ten cuidado. —Y me dio un beso en la frente.

Cuando me fui a la habitación a prepararme y a guardar en una mochila algunas cosas para llevarme, mi madre dio dos suaves toques en la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro, mamá, entra.

—Ven, siéntate —dijo mientras ella hacía lo mismo a los pies de mi cama.

—¿Ocurre algo?

—No, cariño, tranquila.

Me cogió de la mano y, mientras la acariciaba con el dedo pulgar, suspiró.

—Nunca pensé que llegaría el momento de tener que hablar contigo de esto...

—¿De qué? —Maldita inocencia la mía.

—A ver, cariño... Sé que ya eres mayor y que eres una chica muy responsable, pero no quería dejar de decirte que te quiero mucho y que sé que no vas a..., bueno, que vas a ser responsable en... Uf, qué difícil...

En ese momento se me encendió la bombilla. ¡Me estaba intentando hablar de sexo! ¡Mi madre quería aconsejarme y prevenirme sobre el sexo! Creo que se me abrieron los ojos como platos y que mis mejillas empezaron a adquirir un color rosado. ¡Pensaba que este tipo de conversaciones solo salían en las películas!

—Vaya, creo que te acabas de dar cuenta de lo que intento decirte —sonrió.

—Eh..., pues... creo que sí.

—Tranquila. El sexo es lo más normal del mundo y te aseguro que llevaba un par de años preparando esta conversación para cuando llegara el momento, y ahora no me salen las palabras.

—A ver, mamá. Lo primero de todo, que sepas que me estoy muriendo de la vergüenza ahora mismo, y que si quieres que te sea sincera, yo nunca..., no he hecho...

—Te he entendido, cariño. Y tengo que reconocerte que me produce cierto alivio saberlo.

Sonreí.

—Mamá, no te preocupes. Tendré cuidado cuando llegue el momento, sea cuando sea.

—Lo sé, mi niña. Sé que serás responsable. Solo que sentía la necesidad de hablar contigo. Y, bueno, ya sabes cómo es tu padre; dejarle a él hablar contigo de este tema...

—Ya, ya, mamá —me reí—, prefiero no pensarlo.

Imaginarme a mi padre dándome una charla sobre sexo sería en plan «diles a tus amigos que debajo de la almohada tengo una escopeta esperándoles, dispuesta a conocerlos».

Me dio un abrazo —noté que cogía aire y suspiraba— y le correspondí el gesto. Nos quedamos así unos segundos, disfrutando del silencio y de la cercanía de la otra.



Habíamos quedado a las once de la mañana en el mismo sitio de siempre, cerca de mi casa pero lo suficientemente lejos como para que mis padres (bueno, más bien mi padre) no pudieran vernos por la ventana del salón.

Sabiendo que pasaríamos la noche juntos, cogí una mochila gris, decorada con pequeños unicornios, que mis padres me habían regalado el año pasado. Dudé mucho en qué meter dentro. Lo primero fue un triquini negro. Me lo había comprado en las rebajas a principios de año de cara a este verano y no se me ocurría mejor momento para estrenarlo que este. También guardé ropa y lencería para por la noche. Gael me había dicho que cenaríamos también por ahí, así que no quería desentonar. Un neceser con las cosas básicas de aseo, algo de maquillaje y unos zapatos a juego con el vestido.

Bajé supernerviosa hacia el coche. Era un día muy especial y deseaba que fuera inolvidable. Durante el tiempo que llevaba con Gael me había sentido muy arropada y querida. Estaba muy ilusionada; cuando estaba con él tenía una perenne sonrisa en la cara.

Pero nada más salir del portal, se me cambió el gesto y empecé a sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

—Hola, Naira.

Después del bloqueo del primer momento, intenté seguir caminando, pero él me lo impidió.

—¿No vas a decirme nada? —vaciló.

—¿Qué quieres, Mora? Déjame pasar.

Sus aires de superioridad todavía me ponían peor cuerpo. Quise colarme por el hueco que quedaba entre su cuerpo y la pared de mi edificio, pero con un rápido movimiento me lo volvió a impedir. Me estaba empezando a poner muy nerviosa. No podía ni mirarle a la cara. Con la cabeza gacha, intenté buscar el lugar por donde escaparme de él, pero el muy cabrón no me lo estaba poniendo nada fácil. Hasta que, con una fuerza que no sabía de dónde la había sacado, me planté ante él, le miré directamente a los ojos y le dije:

—¿Qué coño quieres? Dime lo que tengas que decirme y déjame en paz.

Sonrió de forma perversa.

—Vaya..., ¿te estás volviendo una niña mala? ¿Sabes? Viéndote así, me das más morbo y me entran más ganas de terminar lo que empezamos.

Intentó acariciarme el hombro con el dedo índice mientras hablaba.

—Ni se te ocurra tocarme —reaccioné dándole un manotazo en la mano.

—Eso no me lo decías el día de la fiesta.

No sé cómo conseguí seguir allí, porque me temblaban las piernas hasta el punto de temer por mi estabilidad. La respiración me iba a mil por hora; su sola presencia me aterraba, pero tenía que empezar a superar esto. Así que le di un empujón lo suficientemente fuerte como para apartarle y poderme marchar. Oí detrás de mí una risa malvada, hasta que dijo:

—¡Naira! ¿Sigues siendo virgen o ya te has tirado al estirado de tu jefecillo?

Me di la vuelta con una rabia tal que hizo que apretara los puños con la fuerza suficiente como para hacerme daño con mis propias uñas.

—Vete a la mierda, Mora.

Y di la vuelta a la esquina con decisión. Al final de la calle estaba esperándome Gael, apoyado en su coche. Caminé hacia él sin mirar atrás, pero algo vio que le hizo cambiar el gesto. Me di la vuelta para ver qué era lo que le había provocado esa reacción y vi a Mora a lo lejos, sonriendo de una manera que me produjo escalofríos.

Volví a mirar a Gael y, mientras se acercaba a mí con el ceño fruncido, me dijo:

—¿Qué hace este aquí? ¿Te ha dicho algo? —dijo enfadado.

—Me lo he encontrado al salir del portal. Pero, tranquilo, no pasa nada.

Le cogí la cara con las dos manos, pero su gesto seguía siendo tenso y no dejaba de mirar al final de la calle. Yo no quise volverme para comprobar si Mora seguía allí o no. Le di un suave beso en los labios, que recibió con tensión.

—Gael, relájate, que no pasa nada. Vámonos a disfrutar de nuestro día.

Al final, terminó mirándome y, relajando el gesto, me rodeó la cintura con ambos brazos.

—¿De verdad que estás bien?

Tragué saliva y asentí. No, no estaba bien —no podía estarlo después de volver a encontrarme con aquel malnacido—, pero no podía decirle lo que acababa de pasar ni las cosas que me había dicho porque entonces no dudaría en ir a por él.

—¿Nos vamos? —pregunté forzando una sonrisa.

—Claro.

Nos subimos al coche, dejé la mochila en el asiento de atrás y comenzó a conducir hacia un lugar que para mí era una sorpresa.

—Bueno y ¿adónde me llevas?

—Ahora lo verás —respondió poniéndome la mano en el muslo.

—Gracias por preparar este día. No sé lo que habrás planeado, pero seguro que todo es especial.

Giró levemente la cara para dedicarme una sonrisa y guiñarme un ojo.

—No me tienes que dar las gracias. Te las tengo que dar yo a ti por haber aparecido en mi vida.

Esta vez mi sonrisa sí que fue espontánea. Y las mariposillas del estómago empezaron a revolotear relajadas tras permanecer aletargadas por la tensión que había sentido antes.

No había conducido más de diez minutos cuando llegamos a la calle Serrano y paró ante la fachada de un lujoso hotel. Un señor con uniforme me abrió la puerta y, mientras salía, Gael le dejó las llaves a un aparcacoches.

—¡Espera! ¡Mi mochila!

Abrí la puerta de atrás, la cogí y me la puse a la espalda. Gael se acercó a mí y, tras cogerme la mano, caminamos hacia el interior del hotel. El vestíbulo era espectacular. Inmenso y de lujo.

—Pero, Gael..., este hotel tiene muchas estrellas —susurré.

—De algo tiene que servir que mis padres sean clientes muy habituales —me dijo al oído.

Llegamos a la recepción y una chica joven, muy guapa por cierto, en cuya chapa ponía «Srta. García», nos atendió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días. Tenemos una reserva a nombre de Gael Daza.

—Muy bien, señor Daza. Espere un segundo, por favor.

Tras un breve silencio mientras consultaba el ordenador, la recepcionista continuó:

—Así es. Una reserva a nombre del señor Daza por una noche en una *suite* con terraza y dos circuitos Royal Exclusivo en el *spa*, ¿verdad?

—Sí.

—¿*Suite*? ¿Circuitos? —susurré.

A la chica no le pasó desapercibida mi cara de asombro y medio sonrió. Realizamos el *check in* y nos dirigimos hacia el ascensor.

—¿Suite? —repetí de nuevo sin nadie alrededor.

—Sí, ya te digo que mis padres son clientes habituales y tengo vía libre aquí. Se podría decir que ha sido un regalo a cargo de mis padres —rio.

—¿Circuitos?

—Tú tranquila y disfruta —dijo dándome un beso en la sien.

No es que me agradara mucho que todo esto lo pagaran los padres de Gael, pero oye, no creí que me volviera a ver en una de estas, así que, ya que estábamos, habría que aprovecharlo, ¿no?

Al salir del ascensor, nos dirigimos a nuestra habitación, la catorce veintiuno. Gael metió la tarjeta en el lector que había debajo del picaporte y, cuando la lucecita roja cambió a verde, la puerta se abrió. Ante nosotros apareció una estancia enorme.

—Espera —dijo Gael.

Y, con un movimiento ágil y rápido, me cogió en brazos.

—¿Qué haces? —Me reí.

—Cogerte como hacen los novios a sus mujeres cuando se casan.

—¡Pero si nosotros no nos hemos casado!

—Ya, pero quiero que este día sea diferente, y entrar así lo es, ¿no?

Le di un beso en la mejilla y, aferrada a su cuello, nos metimos en la habitación mientras me llevaba en volandas. Atravesamos un pequeño salón hasta llegar al dormitorio, en el que había dos camas enormes y juntas en el centro.

Me tumbó con delicadeza y se puso encima de mí.

—¿Te gusta? —susurró muy cerca de mis labios.

—Me encanta —respondí—, pero aunque me hubieras llevado a un albergue también me habría gustado.

—Lo sé. Pero mejor aprovechar lo que tenemos, ¿no?

—En eso estoy totalmente de acuerdo.

Le besé y se mostró receptivo. Empezó a darme pequeños mordisquitos en el cuello y yo suspiré de placer. Eché la cabeza hacia

atrás para dejar más recorrido a sus caricias. Me empezó a acariciar el muslo por la parte exterior mientras subía sutilmente mi vestido. Yo le agarraba y hundía los dedos en su pelo. Se dio la vuelta mientras me sujetaba por la cintura y me coloqué a horcajadas sobre él. Desde arriba, le miré y le sonreí.

—Así no vamos a aprovechar mucho el día, ¿no? —dije.

—Uy, a mí me parece que esto es aprovecharlo al máximo. Se me ocurren tantas cosas... —vaciló.

—¡Anda! Vamos a levantarnos. ¡Déjame que cotillee la habitación! Que nunca he estado en una como esta y creo que no volveré a estar.

Me levanté de un salto y Gael se medio incorporó apoyándose en los antebrazos. Me miraba divertido mientras yo, como una niña con zapatos nuevos, me paseaba por la estancia. Pasé al saloncito que había a la entrada y sobre una pequeña mesa redonda vi que había una cubitera con una botella de champán y dos copas. Junto a ellas, una notita de bienvenida de parte del hotel.

—¡Mira, mira! —le dije—. ¡Está helada!

Gael apareció en la sala con paso lento y una sonrisa arrebatadora.

—¿Quieres que la abramos? —preguntó.

—Depende.

—¿De qué?

—De los planes que tengas para ahora. No me gustaría ir medio borracha.

—Pues entonces la dejamos en la nevera para después. Ahora tenemos otra cosa que hacer.

—¿Puedo saber el qué? ¿O también es una sorpresita? —vacilé mientras me acercaba a él y le abrazaba por la cintura.

—Solo te diré que te pongas el bañador que te hayas traído y el albornoz y las chanclas que encontrarás en el baño. —Me besó la punta de la nariz.

—¿Vamos al *spa*? —Alcé las cejas.

—Sorpresa —bromeó.

Y me dirigí al baño, no sin antes darle una palmadita en el culo mientras pasaba por su lado.

El *spa* era impresionante; ya solo las instalaciones quitaban el hipo. Nada más entrar nos recibió un chico con uniforme blanco, que nos pidió la tarjeta de la habitación para verificar el *pack* que Gael había contratado.

—Muy bien, a ver... —dijo el chico mientras consultaba el ordenador—. Sí, aquí está, señor Daza. Tiene reservados dos circuitos Royal Exclusivo, que incluyen dos masajes con aceites de esencias orientales, de sesenta minutos cada uno. ¿Lo querrán juntos en la misma sala o en salas separadas?

—Juntos, por favor —me adelanté sin consultar siquiera a Gael, que sonrió ante mi espontaneidad.

—Perfecto —apuntó el chico—. Después tienen reservados dos masajes faciales oxigenantes de cuarenta y cinco minutos. ¿Entiendo que también juntos?

—También —respondí.

—Y, por último, dos circuitos termales de sesenta minutos, donde podrán disfrutar del hidromasaje, la cama de agua, la ducha de sensaciones y la sauna. ¿Es correcto?

—Correcto —respondió Gael.

Yo le miraba alucinada. Pero ¿íbamos a estar tres horas relajándonos? Ufff, solo de pensarlo me entraba la flojera ya antes de empezar... Aunque tampoco nos íbamos a quejar, ¿no? Era mi primer *mensuario* con un chico y algo me decía que esta celebración no la iba a olvidar jamás.

65



Después de terminar el circuito, que me dejó hecha polvo, pero muy relajada, eso sí, nos fuimos a comer. Lo hicimos algo tarde, porque con tanto masaje y tanto chorro de agua, nos retrasamos un poco. Pero como en el hotel ya sabían la hora a la que acabaríamos, teníamos una mesa reservada y preparada en la gran terraza cuando llegamos.

No tardaron mucho en servirnos. Pedimos algo ligero, ensaladitas y pescado. Nos reímos comentando nuestra experiencia en el *spa*. Tanto el masaje con aceites de esencias orientales en la espalda como el facial oxigenante fueron la hostia, con perdón, pero es que no se me ocurre otra manera de explicarlo. Qué lástima no poder hacérmelo todos los días a todas horas. Se me había quedado la cara como el culito de un bebé.

Después del pescado no pedimos ni postre. Estábamos tan cansados, o relajados, no sabría definirlo muy bien, que lo único que nos apetecía en ese momento era terminar y subirnos a descansar.

Y dicho y hecho. Gael cargó la comida a la habitación y nos fuimos directos. Nada más entrar, se lanzó literalmente en plancha a la cama, boca arriba y con los brazos bajo la cabeza.

—Estoy reventado —dijo—. ¿Tú no?

—Yo también —respondí mientras me quitaba las zapatillas.

—¿Vienes? —dijo dando una palmadita al colchón.

—Sí, pero espera, que voy a lavarme los dientes antes, ¿vale?

—Vale.

No tardé nada, pero cuando volví a la habitación, Gael seguía tendido en la cama, aunque esta vez sin camiseta, solo con el pantalón, y estaba dormido. Sí, ise había quedado sobado en cinco minutos! Si ya decía yo que esto de los *spas* era un palizón. La intención era ir a relajarse, pero sales hecho un trapo, todo hay que decirlo.

Me puse de pie al lado de la cama y le miré. Joder, era tan perfecto... Hasta durmiendo parecía un jodido dios griego. Su gesto era plácido; había bajado los brazos, de modo que tenía una mano en el pecho y la otra pegada a la cintura. No me cansaba de mirarle; podría haber estado así toda la vida. Un ruido procedente del exterior hizo que se sobresaltara ligeramente y que cambiara de postura.

Di la vuelta a la cama y me tumbé a su lado, frente a frente. ¡Cómo me gustaba compartir cama con él! Aún no habíamos hecho nada, pero solo el sentirlo cerca era más que suficiente.

No sé lo que tardé en quedarme dormida, pero sé que lo hice mirándolo. Cuando desperté, estaba acurrucada de cara a la terraza. Nada más abrir el ojo, lo vi fuera, sentado con los pies encima de la mesa, fumando un cigarro y mirando al horizonte.

Me levanté despacio y me acerqué hasta la puerta de la terraza, que estaba abierta. No se dio cuenta de mi presencia hasta que hablé.

—Hola —dije tímida.

Se dio la vuelta sorprendido.

—¡Hola! —sonrió—. No he querido despertarte. ¿Has descansado?

—Uy, sí. El masaje y el *spa* me habían dejado hecha polvo.

—Ven —dijo quitando los pies de la mesa e invitándome a que me sentara sobre sus piernas.

Y eso hice. Me dio un beso en los labios que me hizo volar hasta el séptimo cielo.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—A ver... —consultó su reloj—, las siete.

—¿Las siete? ¡Es tardísimo! Tendrías que haberme despertado.

—Relájate —dijo besándome el cuello—. Hoy es un día para disfrutar y no andar estresados.

—Vale.

—Perdóname por haberme quedado dormido; te prometo que quería esperarte despierto, pero el sueño ha podido conmigo. No recuerdo ni en qué momento me quedé sopa.

—Pero ¿sí que te acuerdas de cuándo te quitaste la camiseta? —bromeé.

—Sí, eso lo recuerdo. Justo cuando entraste en el baño. Quería esperarte más cómodo.

—¿Y tú sabes la tortura que ha sido el tenerte así y que estuvieras dormido? —vacilé.

—Jajaja... Entonces, haberme despertado —rio.

—Me tumbé y al final caí yo también.

—¿Sabes? Cuando me he despertado y te he visto ahí, dormida, con esa cara de tranquilidad, también ha sido un suplicio no despertarte a besos.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque prefería dejarte dormir ahora.

—¿Ahora? ¿Luego no voy a poder dormir?

—No lo sé... Por si acaso —dijo con sensualidad.

Nos dimos un beso, que se terminó convirtiendo en un ciclón, y acabé a horcajadas sobre él mientras lo devoraba con pasión. Me cogió en brazos y, sin despegar su cara de la mía, me tumbó en la cama. Sentía que cada vez necesitaba más. Le acaricié la espalda, la nuca, el pelo, el culo, los hombros...; no quería perderme ni un centímetro de su cuerpo.

Él, sin camiseta, y yo a punto de deshacerme de mi liviano vestido, si no lo hacía él antes. Parecía que me había leído el pensamiento, ya que metió la mano por debajo y empezó a subírmelo hasta la cintura. Me removí para hacerle ver que quería que me lo quitara y no tardó en pillar la indirecta. Con las dos manos levantó el vestido y yo arqueé la espalda para hacérselo más fácil. Me quedé en ropa interior, meticulosamente elegida en casa, y al verme solo con ese atuendo resopló. La respiración de ambos era agitada; le miré con un gesto de seducción absoluta y cerré los ojos jadeando. Sabía de sobra que seguía mirándome.

No hizo falta decir más para que se lanzara como un lobo sobre su presa. Perdimos el control y lo que comenzó con un beso estaba llegando a límites que nunca antes habíamos traspasado.

Me bajó los tirantes del sujetador, pero al no tener suficiente con eso, me pasó las manos por debajo de la espalda y me lo desabrochó; luego me lo quitó y lo lanzó a cualquier sitio. Ya tendríamos tiempo de buscarlo.

Se recreó en mis pechos y yo me sentí cómoda por la delicadeza con que los trataba. Yo quería más y, por su modo de actuar, creo que él también. Tan solo llevaba las braguitas, pero no sentía vergüenza; al revés, me sentía poderosa, sexi, guapa..., con ganas de dar un paso más.

Bajé las manos hasta el botón de su pantalón y, sin dilación, se lo desabroché. Gael se medio incorporó para mirarme con extrañeza, como si quisiera preguntarme si eso quería decir lo que él estaba pensando.

Empecé a bajarle los pantalones. Él hizo el trabajo restante y movió las piernas de tal forma que la prenda terminó en el suelo junto a mi sujetador.

—Espera —susurró.

Con los dedos cogió la cinturilla de mis braguitas y me las empezó a quitar despacio. Ahora sí que la cosa se ponía seria.

—Relájate, cariño. No te preocupes por nada.

Y me besó con dulzura. Me quedé totalmente desnuda en cuerpo y alma ante él. Pero era curioso, porque me sentía muy protegida. Empezó a acariciar con tranquilidad mi ombligo para después pasar a mi zona más íntima, y solo con ese mero contacto creí morir de placer. No dejó de besarme el cuello, los labios, los lóbulos de las orejas, mientras seguía acariciando mi botón máspreciado. Empezó a acelerar el ritmo hasta que noté que introducía algo en mi interior. Abrí los ojos, sorprendida y jadeante a la vez. Sus dedos acababan de desvirgarme.

—Shhh. Disfruta, Naira.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada y me dejé llevar. Sus movimientos eran cada vez más rápidos, hasta que noté como un escalofrío me recorría toda la espina dorsal y me hizo emitir un suspiro brutal.

Me quedé temblando. No quería abrir los ojos. No todavía. Si el sexo era parecido a esto, no sabía qué coño había hecho hasta ahora perdiendo el tiempo.



El restaurante adonde fuimos a cenar era impresionante, como todo lo que estaba viendo ese día. Estaba situado en un ático en el centro de Madrid. Subimos en un ascensor supermoderno que iba por la fachada del edificio. Las vistas eran increíbles; se veía toda la capital a nuestros pies y hasta las montañas que enmarcaban la sierra.

Una camarera nos recibió y nos llevó hasta una mesa que estaba situada junto a una de las cristaleras; sobre los platos dejó una carta en tonos plateados.

En ese momento, mi móvil vibró para avisarme de que me había llegado un mensaje. Al abrirlo, vi que era Cloe quien escribía en nuestro grupo de incomprendidas unicornias.

¡Chicas! ¡Recordad que el viernes es nuestra quedada anual! ¡Este año toca en mi casa!

Yo sonreí por inercia. Todos los años nos juntábamos el once de agosto, día que habíamos bautizado como «nuestro unicornio aniversario». Pensábamos que, al igual que las parejas celebraban

todos los años su aniversario, ¿por qué nosotras no íbamos a hacer lo mismo? Y este era nuestro quinto año. Cada vez lo hacíamos en una casa distinta, y en esta ocasión tocaba en la de Cloe. Además, también sería la primera vez que lo celebraríamos solas. Los años anteriores, aunque también dormíamos en el domicilio de alguna de nosotras, siempre estaba alguno de nuestros padres. Pero este año, la madre de Cloe había aceptado irse al pueblo para dejarnos más intimidad.

¡Sí! —respondí enseguida—. ¡Tengo muchísimas ganas!

¡Hola, unicornias! —escribió Noe—. ¿Cómo se me iba a olvidar esa fecha?

¡Pues entonces, genial! Yo lo recordaba por si acaso. Además, así hablamos largo y tendido de nuestras cositas.

Comeremos hasta salir rodando de tu casa y nos beberemos unas cervezas hasta empezar a decir cosas incoherentes. ¿Qué os parece? —apuntó Noe.

Noe, tampoco hay que irse a dormir inconscientes —reí.

¿Quién ha hablado de irse a dormir? ¿No ibas a llamar a un *boy* vestido de bombero, tú que eres ya mayor de edad, para que apague nuestro fuego interno con sus movimientos de cadera y su manguera?

Cloe y yo, casi al mismo tiempo, pusimos un montón de emoticonos de caritas llorando de la risa.

Hombre, no era el plan, pero todo se andará —dijo Cloe.

Sí, claro. Me lo estoy imaginando: a Noe gritándole «quítatelo todo», a Cloe diciendo «cuidado con el jarrón chino de mi madre, no lo vayas a tirar de un manguerazo» y a mí tapándome los ojos cada vez que se quitara algo de ropa. Chicas, como que no lo veo —bromeé.

Coincido en todo —siguió Cloe—, salvo en que mi madre no tiene jarrones chinos; los tiene más bien *del chino*.

Empecé a reírme en alto y Gael, que acababa de colgar el teléfono tras una llamada que había recibido justo cuando Cloe escribió, alzó las cejas con un gesto como diciendo «de qué te ríes».

—Son mis amigas, tranquilo. Ya las conoces.

Asintió sonriendo y empezó a mirar la carta.

Chicas, tengo que dejaros. Hablamos mañana, ¿vale?

Me moría por contarles lo que habíamos vivido Gael y yo en la habitación poco antes de ir al restaurante. Qué pena que no pudieran verme la cara, porque estaba segura de que mostraba algo diferente. Había tenido mi primer orgasmo y eso tenía que notarse por narices. Me sonrojé solo de volver a recordarlo. Me imaginaba a Noe gritar, nada más verme, «¡itú ya has mojado!».

¡Vale! ¡Pásalo bien con tu romeo! —dijo Cloe.

Jajaja..., verás cuando os cuente... —dejé caer.

Noe no tardó en responder.

iiiTe lo has tirado!!! ¿¿¿Ya??? Deja de hacer lo que estés haciendo ahora mismo y iiillámame!!! iiiNecesito despejar todas mis dudas sobre él!!!

No esperaba menos de Noe.

Jajaja. Nena, tendrás que esperar hasta el viernes para que te cuente.

¡Serás cabrona! ¡Eso no se hace! ¡No podré dormir! Dime solo si es tan morboso como aparenta.

¡Noe! —escribí—, ¿en serio da la impresión de ser morboso?

¡Qué va! Si parece que no ha roto un plato en su vida —dijo Cloe.

¡Venga ya, chicas! Todas sabemos que esos son los peores. Seguro que tiene algún objeto fetiche... ¿tus pies?, ¿tacones?, ¿esposas?, ¿untar las orejas con gazpacho?

Definitivamente, Noe merecía una estatua en todo el centro de Madrid solo por sus originales comentarios, que hacían que no parara de carcajearme.

Pues mira, no sé si le gusta el gazpacho; tendré que preguntárselo. Bueno, pues eso, que os dejo. Hablamos, ¿vale?

Vaaaaaaleeeeeee... A ver ahora cómo me duermo yo —bromeó Noe.

Cuenta canciones de Metallica en vez de ovejas —dijo Cloe.

Pero ¿de dónde coño habían salido estas dos locas geniales?

Adióssssssssssss. —Y les tiré muchos besitos virtuales.

Cogí la carta para mirar lo que había.

—¿Quién te ha llamado? —pregunté sin dejar de leer la lista de platos entre los que podía elegir.

—Mi padre. Ahora te cuento.

—¿Todo bien?

—Sí, tranquila.

—¿Alguna sugerencia para pedir? —dije.

—Pues... es la primera vez que vengo por aquí, pero todo pinta fenomenal.

—Entonces, no eres asiduo, como con la comida japonesa a la que me invitaste en tu casa.

—No. Qué fallo no haberme estudiado antes la carta para impresionarte —bromeó.

—Tranquilo. Ya estoy impresionada contigo.

—Sí, eso pensaba después de lo de antes.

—¡Gael! —me ruboricé.

—¿Qué? Si solo lo decía por tus gestos, tus jadeos —susurró.

—¡Calla! —dije mirando alrededor.

—No te preocupes, no es nada malo.

—No, si malo no es...

—¿Ves? Si ya te digo yo que tienes cara de impresionada —siguió vacilando.

—Bueno, que nos desviamos del tema; que solo te preguntaba por si me sugerías algo.

—Se me ocurren miles de sugerencias que hacerte —me interrumpió.

—De comer —respondí haciendo hincapié en la última palabra, que pronuncié más despacio.

—No, si en mis sugerencias también había comida.

—Joder —dije suspirando—, esta conversación podría ser eterna, ¿verdad?

—Sí.

—Y podríamos entrar en un bucle del que no saldríamos en toda la noche, ¿cierto?

—Totalmente. —Guiñó un ojo de una manera tremendamente sexi.

—Pues entonces nos dejamos de sugerencias y que cada uno pida lo que quiera, ¿vale?

—Me parece bien. —Sonrió abiertamente.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—De... pervertido.

—Hombre, esa palabra suena fatal. Digamos... morboso.

—Ok. Esa me vale también. ¿Lo eres?

Alzó las cejas con gesto interrogativo sin darme una respuesta. Al final, Noe no iba tan desencaminada con lo de que Gael tenía pinta de ser morboso. Se notaba mi falta de experiencia. Aunque, la verdad, me daría algo si un día quisiera embadurnarme las orejas con gazpacho. Tendría que decirle que era muy alérgica. Claro que, en el estado sentimental en el que me encontraba, le dejaría que me

pusiera lo que quisiera. Desde luego, este chico me tenía totalmente coladita.



Al final, pedimos como entrante una ensalada de perdiz y verduras, y, como primero, un salteado de setas sobre berenjenas para compartir. Como plato principal, después de pensármelo mucho, me decanté por un ceviche con brócoli. Gael prefirió carne: pechuga de pato con avellanas y champiñones.

Cuando terminamos de comer, nos trajeron la carta de postres, mi debilidad. Habíamos estado casi todo el rato hablando del futuro piso de Gael. Sus padres aún no sabían nada; quería decírselo unos días después. No nos quedaba mucho tiempo de trabajo juntos porque en nada tendría que dejarlo para comenzar la universidad.

Miré la carta con atención y con gula, tenía que reconocerlo. Me hubiera encantado poder comérmelo todo sin pestañear y, evidentemente, sin engordar, pero como eso era del todo imposible, me tendría que conformar con elegir uno y seguir soñando con el resto.

—Yo quiero... una tartaleta de limón merengada, por favor —dije al camarero.

—Para mí, una *mousse* de queso con nueces y leche caramelizada —pidió Gael.

El camarero tomó nota y se marchó con una sonrisa en los labios tras recoger las cartas.

—¿*Mousse* de queso? ¡Qué rica! ¿Me dejarás probarla? —dije melosa.

—No sé..., ya veremos —bromeó con gesto seductor.

Al cabo de pocos minutos, nos pusieron sobre la mesa aquellos pecados capitales que eran los postres. ¡Qué buena pinta tenían! ¡Qué bien olían! Ahora solo me quedaba probar lo bien que sabían.

Los colocamos en el centro para ir cogiendo de los dos platos. Fue probarlos y subir al séptimo cielo.

—El viernes he quedado con mis amigas para celebrar nuestro aniversario —dije mientras terminaba de chupar la cucharilla de postre.

—¿Aniversario? —me miró extrañado.

—Digamos que todos los años celebramos el día que nos conocimos.

—Muy original.

—Como nosotras... Ya sabes, unicornias hasta la muerte —respondí orgullosa.

—¿Y dices que lo hacéis el próximo viernes?

—Sí. —Rebañé el plato.

—Joder, ¿sabes para qué me ha llamado mi padre?

—¿Para qué?

—Pues para avisarme de que no hiciera planes para el viernes.

—¿Y eso?

—Celebran su veinticinco aniversario y harán una de esas fiestas horteras y multitudinarias en las que no conozco a nadie —dijo con apatía.

—Ah. Por lo que veo, no es que te apetezca mucho, ¿no?

—No, sus celebraciones siempre son a lo grande y siento que allí no encajo. Me han dicho que lleve una pareja. ¿Por qué no te vienes conmigo y así por lo menos la fiesta tiene un aliciente? —preguntó cogiéndome la mano.

—Pero es que ya he quedado con mis amigas.

—Ya, pero ¿no podéis quedar otro día?

—Gael, te acabo de decir que siempre lo celebramos en la misma fecha.

—Ya, pero es más fácil cambiar tu quedada que la mía, ¿no crees? —Cambió el tono.

Tragué saliva; esto empezaba a sonar a bronca. Me puse tensa al momento, porque retiró su mano de la mía y se enderezó en la silla. A ver, este tipo de situaciones me pillaban de nuevas y no sabía muy bien cómo comportarme.

En ese momento, el camarero retiró los platos de postre y nos trajo una botella de champán, a cuenta de la casa, dijo. Los dos nos miramos incómodos, sin decir nada en presencia de él. Noté que Gael le miraba nervioso; creo que si hubiera podido echarle con la mirada lo hubiera hecho, y es más, lo hubiera conseguido sin pestañear.

—A ver, Naira, me gustaría que vinieras conmigo —retomó.

—Y a mí acompañarte, pero ya he quedado.

—Ya... —dijo cogiendo la copa y dando un trago a la bebida.

—¿Ya qué? —contraataqué.

—Nada.

—Seguro.

—¿Seguro qué?

—Que seguro que no te pasa nada —dije manteniéndole la mirada.

—Joder, Naira, pues claro que me pasa. Quiero que vengas conmigo y no quieres.

—¿Cómo que no quiero? ¿Y si te digo yo que dejes de ir a esa fiesta y te quedes conmigo? ¿Dejarías de ir? ¿A que no?

—No puedo faltar al aniversario de mis padres.

—Ni yo a la cita con mis amigas.

—Ni siquiera has intentado hablar con ellas para cambiar el día.

—¡Es que no quiero cambiar el día, joder! Además...

Y me callé. Más me valdría cerrar la boca antes de decir lo que pensaba, porque entonces sí que la cosa se complicaría mucho más.

—Además, ¿qué?

—Nada, Gael, déjalo.

—No lo voy a dejar. ¿Qué ibas a decir? ¿Por qué te has callado?

—Da lo mismo lo que fuera a decir.

—No lo da.

—¡Que da igual!

—Naira, ¿qué coño ibas a decir?

—¿Podemos hablar esto en otro sitio? Te aseguro que me sentiría mucho más cómoda.

En ese momento vi como Gael, sin dejar de mirarme, sacaba la cartera del bolsillo trasero del pantalón y dejaba de cualquier manera una tarjeta de crédito y su carné de identidad sobre la mesa.

—¡Camarero! La cuenta, por favor.

Y el chico que nos había traído el champan asintió; un minuto después, la teníamos sobre la mesa. Sesenta segundos en los que no dejamos de mirarnos; a mí se me hicieron eternos.

Después nos levantamos y, sin mediar palabra, nos dirigimos hacia el coche. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Nos subimos; el camino fue corto pero intenso. Gael puso la radio y sonó una canción de Jason Mraz, que nos acompañó durante el trayecto; fue la única voz que se oyó. Yo miraba por la ventanilla y notaba que Gael me miraba de soslayo de vez en cuando.

Mi primer mes con un chico y mi primera bronca con él, todo juntito en el mismo día. Menuda mierda.



Entramos en la habitación del hotel sin mediar palabra. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre la cama, sin preocuparse mucho de cómo quedara.

—Tampoco hace falta que te pongas así, ¿no? —dije al fin para romper el hielo.

Se dio la vuelta y me miró. Tragó saliva y se acercó despacio hacia mí.

—Nai, yo no quiero enfadarme contigo, pero me da mucha rabia que no me acompañes a la fiesta.

—Ya lo sé, Gael, pero piensa tú también que para mí y mis amigas ese día es importante. Me cuesta estar enfadada contigo, de verdad, pero tampoco me parece bien que tenga que dejarlo todo y salir corriendo ante algún plan en el que quieras que esté. Y no te lo tomes a mal. Solo quiero tener mi espacio.

Asintió, pero no sonreía. Estaba claro que él no pensaba lo mismo que yo.

—Que cada uno tenga su espacio es importante, no te lo niego.

—¿Entonces?

—No lo sé, Naira.

—¿Estás enfadado?

—Un poco molesto, sí. No voy a engañarte.

—No sé qué más puedo hacer, Gael.

—Tranquila. Se me pasará. Reconozco que siempre he estado acostumbrado a tener todo cuanto he querido, y me cuesta ver que alguien no sigue mis deseos.

—Cuando dices tener todo cuanto has querido, ¿también hablas de chicas?

Me dio hasta miedo lanzar la pregunta, y no digamos saber la respuesta. Estaba clarísimo que él tenía bastante más experiencia que yo en temas amorosos, aunque, claro, cualquiera era más experto que yo. No era difícil superarme. Pero me dio una punzada en el estómago al imaginármelo con otras chicas; no sé por qué, pero estaba casi segura de que había estado con mujeres más mayores que él.

—Naira, no pienses en eso ahora. Me refiero a que desde pequeño he tenido todo lo que he querido y cuando lo he pedido. Bueno, menos a mis padres. A ellos no los tenía cuando quería. — Bajó la mirada.

—Bueno, mira, vamos a hacer una cosa. Vamos a disfrutar de lo que queda de día, o ya de noche, mejor dicho. ¿Te apetece que abramos la botella de champán que hemos guardado antes en la nevera?

—Me parece —respondió con media sonrisa.

Me fui hacia el minibar que estaba en el saloncito y saqué la botella. Las dos copas seguían en el mismo sitio donde las habían dejado. Gael se desabrochó con soltura los botones de los puños de la camisa, un gesto que a mí me pareció lo más sensual que había visto en mi vida. No sabía exactamente por qué, pero no pude evitar dirigir la mirada a sus manos y que me viniera a la cabeza lo que habíamos hecho antes de ir a cenar. Volví a sentir un escalofrío solo de recordarlo.

—¿La abro yo? —pregunté.

—Claro, ¿por qué no?

—Sobre todo porque cabe la posibilidad de que te salte un ojo con el tapón o me cargue una ventana.

—Entonces espera.

Y se situó detrás de mí, mientras me abrazaba por la cintura y apoyaba su barbilla en mi hombro.

—Ahora puedes. Lo de la ventana lo paga el hotel, pero ¿qué haría yo tuerto el resto de mi vida? —bromeó.

—Creo que yo no podría soportarlo —respondí también con sorna.

No había abierto muchas botellas de champán en mi vida, por no decir que ninguna, pero todo era empezar, ¿no? Me estaba volviendo asidua a esto de las primeras veces: primer mes con un chico, primera bronca, primera botella, primer orgasmo... ¡Madre mía! ¡Jamás podría olvidar este día! Quedaba inaugurado oficialmente el 6 de agosto como ¡el día de las primeras veces!

Quitó con cuidado el papel brillante que envolvía el corcho y empecé a girar el alambre que lo rodeaba. Después, empujé un poco el tapón.

—No puedo, no se abre...

—Espera, señorita impaciente. Hazlo así.

Y puso sus manos sobre las mías para ayudarme a empujar un poco más el corcho hacia arriba, con suavidad. Ambos mirábamos el tapón, hasta que empezó a ascender muy despacio y, en un segundo, se abrió. Suerte que nuestras manos lo aferraban y evitamos que saliera volando por la habitación.

—¿Ves? —me susurró al oído—. Las cosas hay que hacerlas con cariño y delicadeza. De esa manera, todo acaba fluyendo.

—Entiendo que sigues hablándome del tapón, ¿verdad?

—Claro. ¿De qué iba a hablar si no?

Serví la bebida en ambas copas y brindamos con los brazos entrelazados.

—Por nosotros —dije.

—Por que sean muchos meses más —continuó.

Y le dimos un trago. Yo casi me atraganto. No estaba acostumbrada y no es que me gustara mucho, pero la celebración lo merecía. Dejamos las copas sobre la mesa y nos acercamos el uno a otro.

—Gracias por este gran día —dije.

—No me las des. Gracias a ti por haberlo hecho tan especial.

Y nos besamos con toda la pasión que nuestras bocas podían demostrar.

La excitación volvió a llevarnos a la cama, enredados en un remolino de besos, caricias y torpes movimientos. Me tumbé sobre él y empecé a desabotonarle la camisa con lentitud. Él me miraba con un gesto entre desconcertado y nervioso. Primero le desabroché los de arriba y fui descendiendo poco a poco. Cuando solté el último, le abrí la camisa para dejar al descubierto todo el torso. Él fue a cogerme por la cintura, pero se lo impedí.

—Shhh. Tranquilo —susurré—, ahora me toca a mí.

Acaricié su pecho de arriba abajo y Gael cerró los ojos tras emitir un suspiro. Me sentía la reina de la situación. Yo llevaba las riendas y eso me hacía sentirme poderosa. Se removió ante mi intención de quitarle la camisa para hacérmelo un poco más fácil. Le besé el cuello con cuidado y sensualidad, y entrelacé sus manos con las mías por encima de su cabeza para que no pudiera hacer nada.

—Me estás matando, Nai —susurró.

—Aguanta un poco más.

Y en ese momento, con un movimiento rápido y maestro, me cogió de la cintura y cambiamos de posición. Empezó a devorarme el cuello con fuerza, lo cual me excitó mucho más.

—Imposible, Nai, quiero tenerte ya. No aguanto más.

—Pues hazme tuya ahora mismo.

Gael levantó la cabeza y me miró fijamente.

—¿Eso quiere decir lo que creo? —preguntó jadeante.

—Sí. Quiero hacerlo, Gael. Quiero que mi primera vez sea contigo.

—¿Estás segura?

—Nunca lo he estado más.

El ritmo frenético continuó. Nos fuimos desnudando hasta quedarnos en ropa interior.

—Gael, ¿puedes apagar la luz? —musité.

Me miró extrañado.

—Claro. Si te vas a sentir más cómoda...

Y le dio al interruptor; la habitación se sumió en la oscuridad. Solo se veía la luz de la luna que entraba por la puerta de la terraza.

Pasamos bastante rato con los preliminares, que hicieron que me sintiera cada vez más relajada y excitada. Me quitó con sumo cuidado las braguitas y yo hice lo mismo con sus bóxers.

—Espera un momento —susurró.

—¿Qué pasa?

—Voy a por un condón a mi mochila.

Me reí en la oscuridad.

—Ya lo traías por si acaso, ¿eh?

—Solo soy previsor, no pienses mal.

Se oyó el sonido de la cremallera al abrirla, y en un segundo, Gael estaba de nuevo sobre mí.

—¿Quieres ponérmelo tú? —murmuró.

—¿Yo? ¡Qué dices!

Oí una carcajada.

—Tranquila, que no da calambre ni muerde.

—¡Ya lo sé! Es que no..., yo..., ijoder, que no sé ponerlo!

—Venga, va, esta vez me lo pongo yo, pero luego me lo pones tú.

—¿Luego? Pero...

Volví a oírle reír.

—Ay, mi niña, me encantas. Solo estaba bromeando. Quería ver qué decías.

—¡Serás cabrón! —me reí.

Al final se lo puso él y, colmándome de besos y caricias, me hizo suya por primera vez. El dolor del primer momento dio paso al placer más absoluto, una sensación que jamás había experimentado antes.

Cuando terminamos, me acurruqué en su pecho un poco consternada. Había vivido tantas emociones y sensaciones juntas que no sabía muy bien qué hacer. Solo quería disfrutar también del después y grabarlo a fuego en mi mente para no olvidarlo jamás. No podría haber sido más perfecto.

—¿Estás bien? —susurró.

—Muy bien.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado.

—Tranquilo. Estoy bien.

Me dio un beso en la sien y, sin saber ni cómo ni cuándo, me quedé dormida en sus brazos.



Al día siguiente, después de hacer el amor, me desperté como si levitara. No podía dejar de sonreír, cosa que Gael utilizó para hacerme mogollón de bromas al respecto, en plan «qué bueno soy», «soy un maestro», «te he dejado loca...»; en fin, un montón de vanidades varias ante las que no rechisté, porque, a decir verdad, el tío era bastante bueno, o al menos así lo viví yo.

Tanto creía en ello que nada más despertar repetimos, «para ver si me sigue gustando o fue por la suerte del principiante», bromeé. Y no hubo que decir más para que se abalanzara sobre mí como un león a su presa y me devorara de arriba abajo. Sí, sí, de arriba abajo, no sé si me explico; me dio a probar algo nuevo que reconozco que también me gustó, y mucho. ¡Joder, cómo es esto del sexo! Placentero, ¿verdad?

¡Ahora entendía perfectamente a Noe cuando insistía tanto en que me estrenara! ¡Si es que es lo mejor que he probado en mi vida!

Bueno, pues eso, que después de repetir y volver a repetir después del desayuno (sí, lo sé, le había cogido el gustillo, pero ¿a quién no le gusta repetir en lo que a sexo se refiere), me dijo que tenía otra sorpresa que darme.

—Quería habértela dado ayer después de la cena, pero como la cosa se complicó, preferí dejarlo para otro momento —me dijo.

Se acercó hasta su mochila y de un bolsillo lateral sacó una pequeña caja roja. Estaba envuelta con un lacito del mismo color del que colgaba una tarjeta en forma de corazón donde ponía: «Para Naira».

Le miré sorprendida; Gael tenía el regalo en la mano y yo estaba de los nervios. ¿Podría sorprenderme aún más? El paquete tampoco daba muchas pistas sobre lo que podría haber en su interior, pero claro, ver una caja pequeña así era asociarla a joyas. ¿Me habría comprado un anillo? No, era muy pronto aún. Oye, pero soñar es gratis.

—Si crees que es un anillo, no lo es, así que no te pongas nerviosa. —Me guiñó un ojo.

¡Qué cabrón! ¡Cómo me leía el pensamiento! ¿Habría adivinado también que me parecía un *crack* en la cama?

—¿No lo vas a abrir? —sonrió mientras me lo tendía de nuevo.

—Sí, sí..., perdona. Es que con tanta sorpresa estoy un poco aturdida.

Lo cogí y tiré con delicadeza del lazo. Dejé con cuidado la caja sobre la cama, en la que estábamos sentados, y la abrí. Dentro había una cinta roja de la que colgaban dos llaves. Y en cada una, una inicial escrita: N y G. No había que ser Einstein para adivinar que correspondían a Naira y Gael. Pero ¿qué quería decir ese regalo?

Le miré buscando una respuesta a mi pregunta.

—Mira —dijo sacando las llaves de la caja y cogiéndolas por la cinta—, a ver si consigo explicarme bien —carraspeó.

—Seguro que sí.

—A ver... Las llaves siempre han simbolizado la protección de nuestras cosas personales. Yo nunca he sido un chico al que le guste abrirse a la gente; al revés, suelo ser reservado y bastante cerrado. Pero desde que te conocí, me transmitiste algo que hizo que me abriera a ti; no sé decirte exactamente el qué, pero algo en ti provocó que te abriera mi corazón de par en par para que entraras

sin llamar. Y te aseguro que has causado un ciclón aquí dentro —dijo tocándose el pecho—. Y de ahí que te regale dos llaves con nuestras iniciales. Tú has conseguido que la llave abra la cerradura de mi corazón, y me gustaría llevarla a un lugar para que todos sepan que nuestras llaves están unidas.

Pero ¿en serio me estaba diciendo esto? ¿Dónde tenía el fallo este chico? Era demasiado perfecto para ser real. Me emocioné poco a poco, hasta que no pude controlar que una lágrima me resbalara por el rostro.

—Ey..., no llores.

—No pasa nada, tranquilo. Es que esto es... tan bonito. Continúa, por favor.

—Ahora querrás saber por qué también hay otra llave con tu inicial.

—No hace falta que me lo digas. Mi corazón también es tuyo, Gael. Y te aseguro que tú has abierto algo más que eso. —Me ruboricé.

Gael soltó una carcajada.

—Y no sabes cuánto me alegro por ello.

—Gael —dije seria—, yo... A ver..., nunca antes he tenido pareja y soy primeriza en todas estas cosas, pero estoy tan feliz contigo que no me hace falta haber tenido más relaciones para poder decir que esta es la mejor, porque lo sé. No te imaginas lo importante que es para mí este regalo, este... símbolo. No podría haber definido mejor lo que siento por ti.

—Me gustaría que las lleváramos a un sitio especial para que siempre que vayamos allí lo recordemos. Quién sabe, a lo mejor nos encontramos otras llaves allí colgadas.

—¿Y dónde se te ocurre? ¿Has pensado ya en el sitio?

—Pues sí.

—¿Sí? ¡Cuéntame! —pregunté ilusionada.

—Cerca de tu casa hay un parque en el que hay un árbol con flores rosas. No sé si te suena.

—Creo que sí. ¿El que está cerca de donde nos tomamos algo mis amigas y yo, contigo y con Hugo, el día que buscabais local?

—Sí, justo ahí. Pues a ese árbol se lo conoce como el árbol del amor.

—¿Árbol del amor? ¿En serio? ¿Y por qué lo llaman así?

—Pues leí que era por el color rosa de sus flores y la forma acorazonada de las hojas.

—¿Sí? ¡Nunca me había fijado!

—He querido buscar un sitio especial donde dejar nuestras llaves. Y pensé que ese podía serlo.

—¡Claro que lo es! —dije abrazándole—. ¡Muchas gracias, cariño! Esto es tan romántico...

—Dicen que las parejas se refugian entre las ramas de esos árboles para que su amor perdure.

Y allí fuimos. Recogimos todas nuestras cosas del hotel y partimos rumbo a ese árbol tan especial del que Gael me había hablado y que, a partir de ese momento, empezaría a ser una parte muy importante de nuestra relación.

No aparcamos muy lejos. Caminamos de la mano hacia el parque y, cuando llegamos, nos pusimos frente al árbol para observarlo. Era realmente precioso. La verdad es que no nos damos cuenta de las cosas que tenemos alrededor hasta que de repente alguien nos lo dice.

Gael me abrazó por detrás y me dio un beso ligero en el cuello, que perduraría para siempre. Y lo haría por lo importante que estaba siendo ese momento para mí.

Saqué la caja de mi bolso, la abrí y cogí las llaves sujetas con la cinta roja. Deshice el nudo que las unía y Gael, de puntillas, lo anudó de nuevo a una rama. Me emocionó un montón ver las llaves colgando de un árbol tan espectacular y especial.

—Te quiero —me susurró al oído.

Era la primera vez no solo que Gael me lo decía, sino también que alguien se me declaraba. Ningún chico me había dicho nunca que me quería. Evidentemente, no contaba el día en que Jesúsín, un

niño que vivía en mi barrio, me dijo que me quería porque le regalé una piruleta con tan solo cinco años. Eso no cuenta, ¿no?

Le miré con los ojos empañados. ¡Menudo momento estábamos viviendo! Nos abrazamos con fuerza.

—Yo también te quiero.

Y nos besamos bajo la atenta mirada de las ramas de aquel mágico árbol.



La semana se me pasó volando; ya era jueves y estaba como en las nubes. No paraba de pensar todo el tiempo en cómo había sido mi primera vez y se me erizaba la piel solo de rememorarlo.

No habíamos vuelto a hacerlo porque mis padres estaban con la mosca detrás de la oreja y, para no complicar las cosas, después del trabajo me marchaba a casa directamente. Gael me dejaba en la esquina de siempre y yo caminaba el resto del trayecto.

En el despacho nos dábamos el lote, eso sí, pero hasta ahí; no íbamos más allá porque, sinceramente, no era un lugar donde yo me sintiera muy cómoda haciéndolo. ¿Y si su padre llegaba de repente? Tenía llaves para entrar. Solo imaginar la situación me ponía colorada.

Gael me había dicho que esa noche, después de trabajar, les diría a sus padres su intención de mudarse. Me dijo que estaba algo nervioso por cómo reaccionarían, pero que lo tenía ya clarísimo. Además, pretendía trasladarse antes de empezar el curso.

Cuando me llevó a casa, paró el coche en doble fila, como todos los días. Parecía tenso. Golpeaba el volante repetidamente con el dedo pulgar, creo que de manera inconsciente.

—Cariño, estate tranquilo. Verás como todo irá bien.

—No lo tengo yo tan claro —resopló—. Lo mismo acabo llamándote para que me dejes dormir en tu casa esta noche cuando me echen de la mía —bromeó.

—Venga ya, no digas tonterías. Lo entenderán, ya verás.

Le abracé con fuerza, le besé y nos despedimos con un te quiero.

Como media hora después, me mandó un mensaje diciéndome que estaba esperando que su padre llegara de trabajar para hablar mientras cenaban.

Suerte, cariño. Verás como no será para tanto.

Ufff, no sé yo. Fíjate que temo más a mi madre que a mi padre. Él es más visceral, pero es transparente; lo que piensa, lo dice. Tal cual. Pero mi madre... tarda más en digerirlo. De ahí que te suelte varios días después lo que piensa.

Bueno, en cualquier caso, estás en tu derecho de irte. Y si no te dejan el ático, buscaremos algo. No te preocupes.

Gracias, mi niña. Luego te cuento.

Perfecto. Un besito.

Otro para ti, pequeña. Te quiero.

Y yo.

Cené con mis padres y luego me fui a leer a mi habitación. Había empezado un libro *new adult* que me tenía enganchadísima. Y así también hacía tiempo hasta que Gael me contara qué tal se habían tomado sus padres la noticia de que quería independizarse.

Llevaba como una hora leyendo cuando recibí un mensaje de texto.

¿Estás despierta?

Era Gael.

Claro, cariño.

¿Te puedo llamar?
Sí.

No habían pasado ni diez segundos cuando mi móvil empezó a vibrar. Por la noche siempre le bajaba el volumen para no despertar a mis padres, que, en este caso, seguían en el salón viendo una película.

—Hola, pequeño —dije nada más descolgar.

—Hola. —Su voz sonaba serena.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo ha ido todo?

—Puf —resopló—. ¿Por dónde empiezo?

—¿Tan mal ha ido?

—Pues a ver... Como predije antes, mi padre se ha puesto como un basilisco y mi madre se ha quedado callada.

—¿Y qué te ha dicho tu padre?

—Que si me iba de casa lo hiciera con todas las consecuencias. Que si era tan mayor para irme, lo sería también para mantenerme.

—Joder.

—Lo bueno es que me han dicho que puedo quedarme en el ático.

—Entonces, bien, ¿no?

—No sé qué decirte. Me han dicho que me lo dejan porque, con lo crío que soy, probablemente me estafen en cualquier inmobiliaria.

—Vaya..., lo siento.

—Que de momento no me van a cobrar alquiler, pero que cuando me necesiten en alguna de las tiendas o en alguna gestión tendré que estar disponible.

—Pero eso es como un chantaje, ¿no?

—Lo es. Pero ahora mismo es lo que hay. Y hasta que no ahorre, no podré alquilarme algo.

—¿Y tu madre?

—¿Mi madre? Pues se ha quedado sorprendida y ha soltado la típica frase de madre: «¿es que te tratamos tan mal aquí que tienes que irte?».

Me reí a través del auricular.

—Y les he dicho que no, pero que necesito intimidad —continuó.

—¿Cómo ha terminado la cosa entonces?

—Pues hasta ahí, salvo por algún comentario fuera de lugar de mi padre, la cosa habría acabado medianamente bien. Pero es que hay algo más.

—¿Cómo que algo más?

—Les he dicho que voy a dejar la carrera y que este año me matriculo en Fisioterapia.

Abrí los ojos como platos y hasta me incorporé en la cama.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí.

—Pero...

—Ya, sé lo que me vas a decir. Pero es que estoy hasta las pelotas de hacer siempre lo que me dicen. Y joder, verte a ti tan feliz porque vas a empezar a estudiar algo que te gusta me ha dado el empujón necesario para tomar la decisión.

—Gael, estoy superorgullosa de ti. De verdad.

—Gracias, mi niña. Necesitaba escuchar algo como eso.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

—Pues algo nervioso, la verdad. Soltar parte de la mierda que tenía dentro me ha costado mucho. Enfrentarme a ellos en el tema de la carrera ha sido muy difícil.

—Lo sé, cariño. Ha debido de serlo.

—Me han dicho que iba a tirar por la borda mi vida. Que esa carrera no tenía ninguna salida y que mi futuro estaba en su empresa, no *manoseando* gente que ni conozco, palabras textuales.

—Joder.

—Y yo me he defendido como he podido. No sé si bien o mal, pero por lo menos he dicho lo que sentía.

—Lo has hecho muy bien.

—No deben tener pensado desheredarme aún, porque han insistido en que mañana esté en su fiesta.

—Irás, ¿verdad?

—No me queda otra. Tú sigues yendo a casa de Cloe, ¿no?

—Sí —respondí con cierta culpabilidad.

—¡Qué lástima! Aún me quedaba un poquito de esperanza de que cambiarais los planes y así me acompañaras.

—Gael, ya hemos hablado de eso.

—Lo sé. Perdona.

—Mañana nos vemos en el trabajo, ¿vale?

—Vale, cariño.

—Buenas noches.

—Descansa, mi niña.

—Gael.

—Dime.

—Enhorabuena. Has sido muy valiente.

—Gracias, cariño. Te quiero.

—Y yo.

Y colgué el teléfono. Me daba mucha pena no acompañarle a la fiesta, pero ya había quedado con mis amigas y era una fecha muy importante para nosotras.

71

CLOE



Se levantó temprano, como todos los días. Su madre la despertaba antes de irse a trabajar para que se quedara a cargo de su hermano, que era bastante madrugador. Siempre era la misma rutina en vacaciones.

—Cloe, ya me marchó —susurró tocándole suavemente en el hombro—. Tu hermano está en el salón desayunando.

Ella se empezó a desperezar y, con una voz casi inaudible, respondió:

—Vale, mamá. Ya voy...

—No te duermas otra vez —indicó.

En cualquier caso, aunque se durmiera, ahí estaría su hermano para despertarla a voz en grito o, mucho peor, tirándose encima de ella al berrido de «¡vamossss, vaga! A levantarse o me chivo a mamá cuando venga». Así que, desde el día que la despertó de manera tan abrupta, no había vuelto a dormirse.

Se levantó y lo primero que hizo fue ir al baño a lavarse la cara. Pero no fue lo único. Se miró al espejo y, tras unos segundos

observándose con detenimiento, miró hacia algo que había en el suelo, detrás del lavabo. Se agachó y cogió la báscula, que colocó justo delante de sus pies. Se quitó las chanclas, resopló y se subió.

—Joder. Solo cien gramos menos —farfulló—. Menuda mierda.

Después se bajó, volvió a calzarse y se fue a su habitación. Se acercó al escritorio y abrió el segundo cajón. Al fondo, camuflado entre muchos papeles, apareció un pequeño bote del que sacó dos pastillas ovaladas de color verde, que se tragó sin ni siquiera una gota de agua. Cerró el bote y volvió a guardarlo en el mismo sitio.

Con el pijama aún puesto, se miró en el espejo de cuerpo entero que estaba junto a la puerta de su habitación. Se puso de perfil, de frente, otra vez de lado... Ninguna de las poses la convencía. Se recogió un poco el pelo para luego soltárselo de nuevo. Metía tripa, encogía el culo, se alzaba el pecho con las manos... Miles de poses que seguían sin gustarle.

Miró los mensajes del móvil. Tenía uno de Raúl, pero estaba tan cabreada que ni se molestó en responderle.

Se fue al salón y allí estaba su hermano, tirado literalmente en el sofá viendo la televisión.

—Enano, es muy pronto para ver la tele —dijo Cloe camino de la cocina para beber agua.

—Ya, pero mamá no me ve.

—Pero yo sí, así que apágala.

—¡Es que me aburro!

—Pues vete a dormir otra vez. Me harías un gran favor.

—Sí, claro, para quedarte sola y ponerte a mandar mensajitos a tu supernovio. De eso nada. Aquí me quedo.

—Joder..., estoy deseando que llegue el día de irme de casa.

—Y yo de que te vayas, hermanita.

Pasó la mañana recogiendo, ya que esa noche irían sus amigas a dormir y la casa tenía que estar impecable. Todo debía salir perfecto. Así que también preparó una exhaustiva lista de la compra para no olvidarse de nada y que la fiesta fuera perfecta.

Cloe era superperfeccionista hasta rozar la obsesión. Tenía que tenerlo todo controlado y no dejar nada al azar, porque si no, era como si su esquema de vida se desmoronara.

Cuando llegó a la cocina abrió la nevera para ver qué podía desayunar. Había leche, huevos, pizzas, un par de yogures, unas zanahorias un poco resecas y dos bandejas de filetes. Estaba claro que tenía que ir a comprar. Se acercó al mueble que hacía las veces de despensa y no encontró mucho más: galletas, arroz, unos donuts, macarrones, lentejas, sal, puré de patata y poco más.

Iba a prepararse un colacao, pero pensó en las calorías que le aportaría y desechó la idea. Tenía un poco de hambre, pero no tanta como para saltarse su nuevo «régimen». Así que finalmente optó por un par de zanahorias.

Bajó con su hermano a comprar todo lo que había apuntado para la cena con las chicas. Patatas fritas, aceitunas, lechuga, alguna pizza más y bebida. Se encargó de coger todas las bebidas que no tuvieran alcohol, como las Coca-Colas o las tónicas. Naira, que ya era mayor de edad, se encargaría de comprar la ginebra y alguna cerveza.

—¿Para qué queréis las tónicas? —preguntó su hermano.

—¿A ti qué te importa? —respondió mientras cogía algo de fruta.

—Seguro que es para hacer cubatas, que lo he visto en la tele.

—No digas chorradas, enano.

—¡No son chorradas! Luego se lo pienso preguntar a mamá.

—¡A mamá no le digas nada!

—¿Ves? Ya sabía yo que era para algo raro.

—Anda, déjame en paz y coge una bolsa de patatas fritas grande.

—Si me dejas cogermelo un bollo de chocolate, no le digo nada a mamá de las tónicas esas.

—¿Me estás chantajeando?

—¿Yo? ¡Qué va! Me guardo información a cambio de algo de comida.

—Ya... —Cloe negó con la cabeza—. Venga, va, cógelo, que no quiero oírte más.

Y su hermano, dando pequeños saltitos, se acercó tan contento al estand de los bollos.

La madre de Cloe, Esther, llegó justo a la hora de la comida. Tenía previsto salir rumbo al pueblo después de comer.

—¿Sabes qué, hija? —preguntó su madre mientras comenzaban a comer.

—Dime.

—Me ha llamado tu padre y también va al pueblo este fin de semana.

—¿Ah, sí? Qué bien, ¿no?

—Sí. Pero me ha parecido un poco raro.

—¿Por qué?

—Me ha dicho que tenía algo que contarme.

—¿Y no te lo puede decir por teléfono?

—Pues debe de ser que no.

—Bueno, pues ya me contarás. Espero que no sea ninguna de sus locuras.

—Ni idea, cariño. Dice que se quedará en casa de tus abuelos.

Los padres de Cloe tenían casa propia en el pueblo. Se conocieron allí en su juventud y hacía mucho tiempo que se habían comprado una casa baja, típica de la zona, para no tener que quedarse siempre con los suegros. Los padres de Esther ya habían fallecido por enfermedad hacía unos años.

—Pues nada, espero impaciente —bromeó Cloe.

—Cloe, hija, ¿solo vas a comer eso?

—¿Solo? Mamá, me he tomado la sopa y un filete.

—A ver, has retirado todos los fideos de la sopa y te has bebido solo el caldo. Y del filete has dejado la mitad entre que le quitas la grasa, los nervios...

—¡Ay, mamá, no me agobies!

—Cariño, es que no quiero que te pongas mala.

—Pero ¿tú no has visto las reservas que tengo? —dijo entre enfadada y firme.

—Cómeme una fruta por lo menos.

—¡Que no! Que te he dicho que no tengo más hambre.

Y se levantó de la mesa, dejando a su madre con cara de preocupación.



Nada más levantarme el viernes, vi que tenía un mensaje de Gael en el que me mandaba una dirección y me ponía que si podía estar allí a las once. No quedaba muy lejos de mi casa; no estaba segura, pero quizá eran unas tres o cuatro paradas de metro. Le respondí enseguida diciéndole que iría, pero que me dijera para qué.

—Es una sorpresa —me respondió.

Había que ver lo que le gustaban a este chico las sorpresas. Aunque la verdad es que algo me imaginé cuando vi que me llevaba en dirección a la calle Serrano, la misma donde estaba situado el ático al que se iba a ir a vivir.

Me duché en cinco minutos; me puse unos vaqueros y una camiseta básica blanca, me calcé unas manoleteras y cogí mi inseparable bolso de unicornios. Salí con tiempo suficiente para llegar a la hora.

Enchufé los cascos al móvil y me puse la lista de música que tenía guardada en una carpeta. No había mucha gente en el metro, así que fui sentada durante todo el trayecto. Entre que era agosto y que eran casi las once de la mañana, el vagón iba prácticamente vacío, cosa que agradecí enormemente.

Cuando salí del metro, le mandé un mensaje y me dijo que me esperaba en el lugar indicado. Me puse las gafas de sol y caminé por la calle Serrano hasta llegar al número ochenta y cinco.

El edificio era espectacular. Ático A, decían las instrucciones. Llamé al telefonillo y enseguida escuché su voz al otro lado del interfono.

—Soy Naira —respondí.

Y automáticamente sonó el pitido de apertura y entré. La puerta era de forja negra y bastante más grande que las que solía ver yo en mi barrio. El portal también era inmenso, todo de mármol blanco, impoluto. El ascensor era antiguo, a juego con toda la esencia estética del portal. Cuando salí de él miré a ambos lados. Solo había A y B. La puerta del ático de Gael estaba entreabierta. Llamé al timbre y oí:

—¡Pasa, cariño!

Me asomé tímidamente y ante mí apareció un amplio salón, amueblado de manera minimalista en tonos blancos y negros.

—¿Hola? —dije.

—¡Estoy aquí! ¡En la habitación!

Me adentré por un pasillo en el que había cinco puertas y tuve la suerte de que en la primera a la que asomé la cabeza estaba Gael colocando una caja en el suelo. En cuanto me vio sonrió abiertamente y, tras dejar la caja, se acercó a mí y me abrazó.

—¡Buenos días, mi niña!

—¡Buenos días!

—¿Qué te parece? —dijo emocionado.

—Uff, no sé qué decir... ¿Grande?

—Jajaja... ¿Te gusta?

—Me encanta. Lo poco que he visto, claro.

—Ven, que te lo enseño.

Me cogió de la mano y, con toda la emoción del mundo, me mostró las dos habitaciones que me faltaban por ver, los dos baños y la cocina, que estaba en otra parte del ático. Pero, sin duda, lo mejor era la terraza. Desde ella se podía ver casi hasta el Polo Norte.

¡Qué preciosidad de vistas! Me hubiera podido quedar a vivir perfectamente en esa terraza.

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó desde la cocina mientras yo seguía obnubilada asomada a la terraza.

—¿Coca-Cola tienes?

—Sí.

—Pues eso estará bien.

—Vale. Ahora mismo te la llevo.

Vino con dos Coca-Colas y un plato de patatas fritas, que colocó sobre una mesa redonda, decorada en mosaico, que había en la terraza.

—Lo siento, no he tenido tiempo de comprar nada más glamuroso.

Su comentario hizo que me riera.

—¿Quién dice que dos refrescos y patatas no lo sean? —respondí dándole un beso.

—Pues también es verdad.

—Lo importante es con quién lo compartes, no lo que traigas.

—Pero qué novia más poética tengo —bromeó acercándose más a mí y dándome un beso de tornillo—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—Cómo me gusta tener un sitio donde estar solos sin que nadie nos moleste —musitó poniendo su frente sobre la mía.

—Es un sitio precioso.

—No más que tú. —Y me besó la punta de la nariz.

En ese momento llamaron a la puerta. Pero hizo caso omiso y siguió besándome cada vez con más profundidad, hasta que insistieron con el timbre.

—Cariño... —dije separándome ligeramente de su boca—, llaman de nuevo.

—Joder, ¿quién coño será? —dijo—. Nadie sabe que estoy aquí.

Se acercó a la puerta con decisión y, nada más abrir, se encontró de bruces con sus padres. «Joder», pensé. No sé muy bien por qué (o sí), pero me quedé como encogidita y cortada ante su presencia.

—Hola —dijo Gael.

—Hola, hijo —contestó resuelta su madre, que había entrado en el piso sin preguntar—. ¿Qué hacías que no abrías?

El padre de Gael no dijo ni hola; se coló en el salón casi sin que me diera cuenta. Yo seguía en la puerta de la terraza, de pie, sin saber muy bien qué hacer. Gael cerró la puerta refunfuñando y enseguida vino a mi encuentro.

—Papá, mamá..., ella es Naira.

Los dos alzaron la vista y ni a Gael ni a mí nos pasó desapercibido el cacheo visual que me hicieron ambos. De arriba abajo, sin ningún escrúpulo. Si ya me sentía intimidada antes, ahora no hubiera sabido ni definir mi estado, ¿bajo tierra?

—Hola —dije con un hilito de voz y forzando una sonrisa que no quería salir ni a tiros.

—Encantada, querida. Soy Malena. —Y se acercó a mí a darme dos besos sin dármelos, de esos que suenan y se pierden en el aire.

—Un placer volver a saludarte —dijo Rodrigo, el padre de Gael, mientras me tendía la mano.

¿Me estaba dando la mano? Pero, vamos a ver, entre una que ni se acerca a mi mejilla para darme dos besos y el otro que me tiende la mano... ¡Que no tengo nada contagioso, señores! ¡Que me pueden tocar!

Se confirmó mi primera impresión cuando los vi en el restaurante el día de mi cumpleaños: tenían pinta de ricos estirados y soberbios. No me extrañaba nada que Gael quisiera salir de su casa echando leches.

Le tendí la mano, con una segunda sonrisa más forzada aún que la primera. La situación era bastante tensa y si alguien sobraba allí era yo. Así que no tardé en hacérselo saber a Gael.

—Bueno, Gael, yo me tengo que marchar ya —susurré.

—¿Ya? Si acabas de llegar... No, no te vayas aún, por favor. Espera un momento.

Caminó hacia su padre mientras su madre pasaba el dedo, con un gesto desagradable, por encima de las estanterías.

—¿Qué queráis? —preguntó Gael en un tono no muy amable.

—En realidad, nada; pasábamos por aquí —respondió su madre mientras miraba los techos—. Bueno, parece que Berta mantiene la casa limpia, como le ordené.

Solo escuchar ese comentario me dieron ganas de vomitar. ¿Como le ordené? Y si no lo hubiera dejado como ella quería, probablemente habría otra persona en la cola del paro. Vale que eran los padres de Gael, pero me estaban cayendo mal, un poco más si cabe después de saber las cosas que él me había contado sobre ellos.

—¡Anda! —dijo la madre en un tono superrepipi cuando salió a la terraza—, ¡refrescos! ¿Tienes uno para mí, cielo?

Vale, la cosa se iba a alargar. Mejor me marchaba y ya le vería en el trabajo esa tarde. Gael se acercó a la cocina a coger el refresco y aproveché para ir tras él y decirle que me iba.

—No te vayas, Nai; serán solo unos minutos —me dijo.

—Cariño, no te preocupes. Nos vemos esta tarde en la tienda, ¿vale?

—Joder, me sabe fatal. Te aseguro que me apetece mucho más que te quedés tú que ellos. Pero es su casa y...

—Shhh —le interrumpí—. No tienes que darme explicaciones. Son tus padres. Voy a despedirme de ellos y nos vemos esta tarde, ¿vale?

—Vale.

Nos dimos un pico, a escondidas de miradas ajenas, y luego salí para despedirme. Los *afectuosos* gestos de despedida fueron los mismos que los del recibimiento, pero esta vez ya no me pillaron por sorpresa.

Tenía clarísimo que me iba a ir sin besar a Gael en la boca delante de sus padres, pero él no debía de pensar lo mismo y, ni corto ni perezoso, tras acompañarme a la puerta, me dio un beso (que percibí muy largo, no sé si porque me sentía observada) y un abrazo.



Llegué a la tienda como veinte minutos antes de mi hora. Tenía tantas ganas de ver a Gael que no me importaba llegar antes. Después de irme de su casa, me mandó un mensaje en el que me pedía perdón y me decía que él no esperaba que aparecieran sus padres por allí. Que sus planes eran haber comido juntos en su casa y después ir a la tienda directamente, aunque él entraba una hora antes que yo. Le respondí con un audio diciéndole que tranquilo, que no pasaba nada y que habría muchos más días para ir.

Cuando entré en la tienda, me encontré de bruces con Chari, la peluquera de los cafés (así la había bautizado). Hacía días que no iba por allí —y yo la verdad es que lo había agradecido—, pero no, al final tuvo que volver a aparecer. Estaban hablando animadamente apoyados en el mostrador.

—Hola —dije mirando directamente a Gael.

—Hola, Naira. Llegas pronto —dijo sin moverse de su sitio.

Vale, lo he pillado: nada de muestras de cariño en la tienda y menos delante de clientes. Pero esta tía no era clienta; era un poco plasta, diría yo. A la vista estaba que lo desnudaba con la mirada mientras mascaba chicle con olor a café de manera exagerada.

—Hola, Maira —dijo la peluquera sin darse la vuelta.

Iba a responderle que mi nombre era Naira, no Maira, pero bueno, es que me daba tan igual esa persona que ni me molesté en corregirla.

—Naira, se llama Naira —dijo Gael.

Bueno, nada de besos en público, pero por lo menos sí que podía corregir mi nombre. Vaya tela. Esta relación era un poco extraña en cuanto a muestras de afecto en público se refería. Y encima tener que aguantar a la chica esta mientras apoyaba prácticamente las tetas sobre el mostrador. No me jodas. Un momento, ¿estaba celosa de esa tía? No, no, no..., imposible. Gael quería estar conmigo, y esa chica y yo nos parecíamos lo mismo que un cisne a un oso hormiguero. Evidentemente, en la comparación yo era el cisne. Pero, bueno, que daba lo mismo. Que no estaba celosa y punto.

Me metí en el despacho para cambiarme y, en el último momento, decidí sentarme a esperar mi hora de entrada, pero a los dos minutos Gael llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Tú sabrás si puedes. —Joder, Naira, por ahí no. Recuerda que no estabas celosa.

Abrió la puerta despacio y asomó la cabeza.

—Por tu respuesta dudo de que sea seguro entrar aquí —bromeó.

—No digas chorradas; pasa si quieres.

Yo seguía sentada en una de las sillas mientras miraba el móvil, enfadadísima, sin motivo, lo sé. Pero, bueno, no me gustaba ver a esa chica aquí con el cafecito y el chicle adorando a mi novio. Qué le íbamos a hacer. Soy persona y tengo sentimientos.

Gael entró, pero no cerró la puerta para ver si entraba algún cliente.

—¿No te vas a cambiar de ropa? —preguntó tanteando el tono de mi respuesta.

—No es mi hora de entrar aún. Me quedan —miré el reloj— diez minutos.

Se tocó el pelo y miró de soslayo hacia la puerta para luego volver a fijar su mirada en mí.

—Naira, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Ya... Es por...

—Eh..., no es por nadie, ¿vale? —le interrumpí.

Yo seguía mirando el móvil, aunque realmente no me enteraba de nada de lo que estaba viendo. Pero tenía que parecer que lo que leía era muy interesante. Gael, ante mi silencio, suspiró y alzó las manos en señal de rendición. Salió de nuevo a la tienda y cerró la puerta tras él. Entonces levanté la cabeza y también suspiré. Sabía que no tenía motivos para estar enfadada, ipero es que no me sentaba bien! Y lo que peor me parecía era que delante de ella diera la sensación de que yo le importaba una mierda. Ni un gesto cariñoso que insinuara que entre nosotros había algo más que una relación de trabajo. Menos mal que me quedaba poco para trabajar allí, porque eso de fingir que no nos importábamos nada se estaba convirtiendo en un suplicio.

Porque a mí, que entrara en la tienda una abuelita y él no hiciera nada me daba igual, porque la señora no creo que quisiera tirarle los tejos a Gael, pero si en vez de una octogenaria era una tía joven con ganas de comérselo a mordiscos, pues ahí sí que me molestaba.

Total, que me cambié y entré a mi hora a trabajar. Intentó hacer un par de acercamientos y la verdad es que no se lo puse fácil. Era bastante cabezota y me costaba dar mi brazo a torcer. Pasamos la tarde con bastante lío, así que tampoco hubo mucho margen para que pudiéramos hablar. Y la verdad es que me vino hasta bien.

Llegó el momento de cerrar y, nada más hacerlo, vino hacia mí como un basilisco.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

Era más que evidente que llevaba toda la tarde guardándose la pregunta y, claro, cuanto más tiempo pasaba, más cabreado estaba. Supongo que por eso hablaba en ese tono.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—No lo sé, dímelo tú —dije a la defensiva.

—Mira, Naira, no entiendo nada. Preferiría que me dijeras qué te pasa sin dar tantos rodeos. No estoy para adivinanzas.

—Pregúntale a tu peluquerita.

Negó con la cabeza mientras se tocaba el pelo con las dos manos.

—Joder, si es que sabía que era por eso —exclamó—. ¿Qué cojones pasa con ella?

—¿Que qué pasa? No sé, ilo mismo es que la tratas con más cariño que a mí aquí dentro!

—¡No me jodas, Naira! No digas tonterías.

—No son tonterías, Gael. Aquí fuera nada de besos, nada de abrazos, nada que pueda dar a entender que estamos juntos, ¿no? ¡Y ella sí que puede comerte con los ojos mientras tú le sonríes!

—A ver, Naira..., ¿estás celosa? ¿De ella? —preguntó asombrado.

—¿Celosa? ¿Yo? ¡Venga, hombre! Lo que quiero decir es que estoy cansada de no saber dónde puedo comportarme como tu novia, como tu amiga o como una jodida desconocida! ¡Estoy agotada, Gael!

—Creo que hoy con mis padres lo he dejado bastante claro, ¿no?

—¡Sí! ¡Pero porque tú has dado el paso! ¡Yo no sabía qué coño hacer!

—Naira, no es tan difícil como lo pintas —dijo algo más calmado.

—Pues no lo será para ti. Para mí sí lo es. En la tienda solo soy una chica que trabaja para ti. En los alrededores del centro comercial también. En tu casa, ni puta idea de qué hacer. Por mi barrio podemos darnos el palo donde queramos...

—Para, para, para... —respondió levantando la mano—. Lo único que quiero es evitar problemas.

—¿Problemas? ¿Es eso lo que soy para ti aquí en la tienda?

—¡Joder, Naira! ¿Vas a darle la puta vuelta a todo lo que te diga?

Me di la vuelta con rapidez y me fui al despacho. Cogí mi mochila y, sin cambiarme de ropa, me dirigí a la puerta de la tienda para

marcharme. Pero Gael me cogió del brazo.

—Espera, Naira, no te vayas así. Habla conmigo, por favor.

—No quiero hablar, Gael —respondí sin mirarle.

—Naira, hay algo más, ¿verdad? Tú no estás cabreada solo por eso. Algo te conozco.

Tragué saliva; por lo visto, me conocía más de lo que yo pensaba.

—Tu silencio te delata —susurró—. ¿Qué pasa?

—Mira, Gael. Después de ver la actitud de tus padres esta mañana y de darles vueltas a los ambientes en los que te mueves, no sé hasta qué punto tú y yo tenemos algo en común. —Bombazo.

—Joder, esto sí que no me lo esperaba —respondió mirando al techo—. Con eso de *los ambientes en los que me muevo*, ¿qué quieres decir?

—Pues entornos de lujo, de gente bien, de dinero. ¡Ambientes en los que lo más cerca que he estado de ellos ha sido viéndolos en una puta película! A eso me refiero. ¡No sé si sabré encajar!

—Pero ¡qué coño estás diciendo! ¡No tienes que encajar en ninguna parte! ¡Solo conmigo! A mí me la sudan todos esos ricachones. ¿Es que aún no te has dado cuenta? Tienen una vida de mierda, de aparentar y de comportarse con una soberbia absoluta que lo único que me hace ver es que quiero salir de allí! ¡Pero no puedo hacerlo todavía! ¡Necesito ahorrar hasta que pueda desvincularme del dinero de mis padres!, ¿no lo entiendes?

—Mira, Gael. Tengo prisa. He quedado con las chicas y tengo que marcharme. Hablamos en otro momento.

Y con una lágrima resbalando por el rostro me marché de allí sin decir adiós.



—¿Que le has dicho qué? —alzó la voz Noe—. Pero, Naira, ¿tú estás loca?

—Naira, cariño, se te ha ido un poco la olla —apuntó Cloe.

—Bueno, vale ya, ¿no? —estallé—. Le he dicho lo que pensaba y punto. A ver si resulta que eso también va a ser delito, coño.

—A ver —continuó Cloe con un tono más sereno—. Reconoce que estabas cabreada por lo de la peluquera y te has venido arriba.

—Yo qué sé. Esto es una mierda.

Me terminé la cerveza de un trago y me levanté del sillón camino de la cocina a coger otra. Volví al salón y me tiré de nuevo en el sofá. Ya llevaba unas cuantas y todo empezaba a importarme más bien poco.

—Si ya da igual. Ahora estará en su fiesta de pijos, hablando de cosas pijas y comiendo comida pija.

—Me parece fatal que estés hablando así de Gael —dijo Noe—, y espero que sea por efecto de las cervezas, porque si no, te cogía ahora mismo y te daba dos collejas.

—Pero vamos a ver, chicas, ¿soy la única que se da cuenta de que no pegamos ni con cola? ¿Que venimos de mundos totalmente

diferentes?

—A ver, Nai, algo te ha pasado hoy. Porque días atrás no decías lo mismo, es más, ini lo pensabas! —dijo Cloe.

—Estoy totalmente de acuerdo con ella, nena.

Me quedé mirando la lata y jugando con la anilla, hasta que finalmente cogí aire, lo exhalé y hablé.

—Pues sí, puede que haya pasado algo.

—¡Joder! ¡Qué puta manía tenemos las mujeres de hablar en clave hasta entre nosotras, coño! —se quejó Noe.

—Cuenta.

—Bueno, pues después del sitio adonde me llevó el domingo, hoy he ido por la mañana a conocer el lugar al que se va a mudar.

—Espera. ¿A qué sitio te llevó el domingo? ¿Se muda? —preguntó Noe—. ¡Nos falta muchísima información aquí! ¡Empieza, pero desde el domingo por la mañana!

Les conté lo del lujoso hotel, el pedazo de habitación con terraza y con unas vistas que jamás se hubieran imaginado, el *spa* con los masajes y el circuito, y la discusión en la cena.

Me salté el maravilloso orgasmo que tuve antes de ir a cenar para no desviar el tema, aunque no me quedó más remedio que contarle cuando les dije que después de la bronca vino la reconciliación. Ejem, no sé si me explico.

—¡Ya te lo has follado! —gritó Noe.

—Bueno, así suena... soez —respondí.

—¡Venga ya! Lo diga como lo diga, ite lo has tirado! Así que vamos a dejar de hablar de gilipolleces y vamos al grano! ¿Cómo la tiene? ¿Calza bien? —dijo Noe con una emoción incontrolable.

A mí me entró la risa. Entre las cervezas y mis amigas me relajé un poco del mosqueo de por la tarde, y por fin había llegado el gran día en el que tuve que contarles que ya no era virgen.

—No pienso decirte cómo la tiene.

—¿No? ¿Pero tú sabes el tiempo que llevo esperando esta conversación? Más te vale que me cuentes todos los detalles o juro que te torturaré hasta que lo hagas.

—¡Nos lo debes, Naira! —apuntó Cloe—. ¡Es un superacontecimiento!

—A ver, que no he inventado la penicilina. Que solo me he acostado con alguien...

—No, creo que no me he explicado bien —dijo Noe poniéndose de pie frente a nosotras, que estábamos sentadas en el sillón—. No solo no me acuerdo de quién fue el de la penicilina, isino que dices con una ligereza lo de «solo me he acostado con alguien»...! ¿Solo? ¿Solo? Pero ¿qué te has fumado antes de venir? La mala hostia que traías te ha provocado lagunas en el puto cerebro.

Venga, vale. Esta tía era un *crack*. Así que no me quedó más remedio que contarlo todo. Bueno, todo no; cómo la tiene, no. Relaté el primer orgasmo con sus dedos, el segundo con relaciones completas... y, bueno, muy por encima, les conté el resto de las veces. Después, para desviar la conversación, les dije lo del regalo de las llaves, pero ellas seguían a lo suyo.

—¡A ver si ahora te vas a volver una ninfómana! —voceó Noe.

—¿A que te mueres por volver a hacerlo? —dijo Cloe.

—Hombre, morir morir... tampoco.

—¡Y una mierda! —rio Noe—. Estás que te mueres por pillarlo a solas y tirártelo varias veces sobre cualquier superficie.

—Bueno, a lo mejor un poco. —Me empecé a reír.

Brindamos las tres por mi primera vez, que no sé por qué me daba que traería cola, nunca mejor dicho. Cenamos algo, aunque tengo que reconocer que no mucho; nos pudo más el beber que el comer.

Después Noe nos preparó unos *gin-tonics*, como había visto en un tutorial de YouTube. Dudé en llamar a la ambulancia antes de empezar a tomárnoslos, en plan «Empezad a venir, que a saber lo que esta loca nos ha puesto en la bebida».

Volvimos a brindar y, de repente, Noe se acordó de algo que no nos había contado.

—¡Coño! ¿No os he contado lo que me pasó con un tío en el súper el otro día? —dijo mientras se encendía un cigarro en la

terraza.

—¡No me lo digas! ¡Te lo tiraste entre los congelados! —ataqué.

—Pero qué cabrona eres —estalló de la risa Noe mientras me tiraba un cojín.

Nos contó toda la historia con Marco; recordó la primera vez que se lo encontró, hasta el café que se tomaron juntos, pasando por la promesa de llamarla tras cumplir los dieciocho.

—¡Pero si no queda nada para tu cumple! —aplaudí Cloe—. ¡¡¡Qué nervios!!! ¿Crees que te llamará?

—Pues no lo sé; me da igual.

—Sí, claro, bla-bla-bla. No te da igual y lo sabes. No te hagas la durita con nosotras, bonita —respondí—. Es más, pongo la mano en el fuego y afirmo que te mueres por que te llame. Dime que miento.

Me miró, intentando ponerse seria, pero le fue imposible. Al final se empezó a reír y acabamos las tres a carcajada limpia. Nota mental: «no beber tanto o, al menos, cenar más».

—Bueno, vaaaaale; me gustaría volver a saber de él. ¿Contentas?

—Yo mucho —dijo Cloe.

—Y yo también —respondí.

Debió de pasar un ángel por la casa, porque nos quedamos las tres en silencio; no se oyó ni el zumbido de una mosca. Hasta que Cloe habló.

—Oíd, chicas, que estaba yo pensando...

—Malo —bromeé.

—Jaja —ironizó ella—. Que digo que... Naira, tú ya has estado en casa de Gael, ¿no?

—Sí, ¿por?

—Se me ocurre... ¿Por qué no llamamos un taxi y nos presentamos allí? Le das un beso en los morros en señal de perdón y arrepentimiento por lo cabezona y borde que has sido esta tarde y nos volvemos.

Abrí los ojos como platos. Y, antes de que pudiera abrir la boca, Noe se levantó y empezó a dar saltos y aplaudir.

—¡Es una idea cojonuda! ¡Bravo por ti, Cloe! —Y chocaron las manos.

—¡Es una jodida ida de olla! A ver, a ver. —Me levanté alzando las manos—. ¿Estamos locas o qué? ¡Ni de coña me presento allí! Así que dejad de desvariar y, dicho sea de paso, de beber, y sigamos con nuestro unicornio aniversario.

—¡Pero, Naira! ¿Qué puede pasar? ¿Que no lo veamos? ¡Pues nos volvemos! —dijo Cloe cada vez más convencida de su propia idea.

—Que no —repetí.

—¡Vamos, nena! ¡Así vemos el casoplón de los padres! Y además, piensa en la ilusión que le va a hacer verte —dijo Noe.

—Es verdad, va a flipar cuando te vea. Él quería que fueras, ¿no? ¡Pues ya está! ¡Sorpresa! Lo ves y nos volvemos.

Me miraban las dos con la carita del gato de *Shreck* y yo intentaba mantenerme en mis trece, pero esas cabronas estaban empezando a convencerme. La verdad es que me apetecía verle y pedirle perdón, y prefería hacerlo a la cara que por teléfono.

Mis amigas me conocían tanto que, por mi gesto, ya sabían que estaba dudando, así que empezaron a saltar y bailar, me cogieron cada una de una mano y me llevaron a la habitación para ponernos algo decente, ya que íbamos en bragas por la casa.

Mientras Noe me daba unos vaqueros y una camiseta, Cloe estaba llamando un taxi. Cómo se organizaban las pedorras cuando querían.

El taxi no tardó en llegar. Nos bebimos de un trago una Coca-Cola cada una para ver si así se nos bajaba un poco el alcohol que llevábamos encima, pero no sé si surtió efecto o no. Menos mal que ninguna de las tres podía conducir, porque si nos hubieran parado y hecho la prueba de alcoholemia, habríamos dado positivo hasta en las pestañas.

Nos subimos al taxi y dimos la dirección que les mandé como ubicación la noche que fui a cenar a su casa. Y nada más arrancar pensé «pero ¿qué coño estoy haciendo? Se te ha ido de las manos, Naira».

Tardamos como veinte minutos en llegar. Le dijimos al de seguridad que íbamos a la fiesta de aniversario de los señores Daza y nos dejó pasar. Según enfilamos la calle de su chalé, se empezaron a ver las luces que adornaban el jardín.

—Es ahí —señalé.

—¡Joder con Gael! —exclamó Cloe.

—¡Menuda casa tiene! —soltó Noe.

—Bueno, chicas, el plan es que yo me bajo, le llamo al móvil y que salga, ¿vale? Esperadme aquí.

—Sííí, mamá —bromeó Cloe todavía bajo los efectos del alcohol.

Le dijimos al taxista que se detuviera unas tres casas más atrás para no estacionar el coche en toda la puerta. Aún me estaba cuestionando qué cojones estaba haciendo allí, pero ni yo misma sabía la respuesta.

Según me acercaba, cogí mi teléfono y llamé a Gael, pero me salía apagado. Insistí un par de veces, pero seguía saltándome el contestador. Y ahora ¿qué hacía para avisarle de que estaba allí? Intenté asomarme por la verja, aunque su altura me impedía ver nada.

Como la fiesta estaba ya bastante avanzada, no se veía a nadie en la puerta que controlara a las personas que entraban. Vi que había gente que salía y otra que entraba únicamente llamando al videoportero. Se me ocurrió que lo mismo me podía meter dentro y buscar a Gael aprovechando que alguien salía. Reconozco también que la idea vino animada por el alcohol que quedaba en mi cuerpo. Estaba segura de que, en circunstancias normales, no me hubiera colado en una fiesta de ese tipo, y menos en la de los estirados padres de mi novio.

No habían pasado ni dos minutos cuando vi que se abría la puerta y salía un matrimonio. Aproveché cuando estaba a punto de cerrarse para colarme dentro. Me quedé quieta observando el panorama. Había mucha gente en el jardín. Farolillos colgados hacían brillar la piscina y el resto de la zona. Camareros vestidos de blanco se paseaban con bebidas y canapés a la espera de que los

invitados los cogieran. Yo buscaba a Gael, pero no lo veía. Era bastante difícil, primero por la cantidad de gente que había y segundo porque los invitados no solo estaban fuera, sino también dentro de la casa.

Esto estaba siendo más complicado de lo que yo me imaginaba.

Evidentemente, yo desentonaba con el resto de los invitados en lo que a vestimenta se refería. Iba en vaqueros y camiseta, en contraste con las pajaritas de los hombres y los brillantes vestidos de las mujeres.

Intenté rodear el jardín por un lateral para no llamar mucho la atención, pero desde ahí no tenía mucha visibilidad. Subí los escalones que daban acceso a la terraza, que tenía las puertas abiertas de par en par y desde donde se veía el salón repleto de gente que bailaba divertida. Eché un vistazo por encima, pero ni rastro de Gael. Me adelanté un poquito más hasta entrar en el salón y vi como dos invitadas me miraban de arriba abajo y cuchicheaban. ¡Malditas esnobs! Según dejé de mirar a ese par de superficiales, volví la vista al salón y lo vi. Iba impecablemente vestido de esmoquin, que le quedaba como un guante, perfectamente peinado y con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba en la mano una copa de lo que parecía ser champán y se acercaba a la pista de baile. Sonreí espontáneamente a la vez que me recorría un escalofrío.

Iba a acercarme hacia él cuando vi que iba de la mano de una chica y me paré en seco. Alguien que yo no había visto en mi vida. Era rubia, alta, con el pelo liso y un vestido largo rojo tan ajustado que ponía de manifiesto todas sus curvas. Ella también sonreía. ¿Quién coño era esa chica?

Me quedé blanca y petrificada. Se me bajó toda la sangre a los pies. Ahora ¿qué debía hacer? ¿Acercarme a él como si nada y preguntarle quién cojones era esa chica o darme la vuelta, largarme de allí y reconocer que había sido una muy mala idea presentarme en su casa sin avisar? Dudé unos segundos, pero al final decidí que, ya que estaba allí, no me iría sin antes hablar con él.

Iba a ir a preguntárselo cuando oí una voz detrás de mí.

—¡Hola, querida!

Me di la vuelta, aún impactada por la imagen que acababa de ver.

—Hola, Malena. —Lo que me faltaba, encontrarme a su madre—. Yo... ya me iba. —Pero era evidente que no podía despegar la mirada de Gael y su acompañante.

—Ya veo que has conocido a Úrsula —dijo mientras también les miraba y daba un sorbo lento a su bebida.

—¿A quién?

—A Úrsula.

—Perdóneme, yo... no sé quién es Úrsula.

—La chica que está bailando con mi hijo. —Hablaban de forma pausada.

—No... no sé quién es —respondí aún perturbada.

—¿No te ha contado Gael que Úrsula volvía hoy de su viaje a Estados Unidos? Ya ha terminado el máster que estaba haciendo y por fin se queda en España otra vez... con él.

—¿Cómo con él? —Mi cara debía de estar desencajada.

—Ay, este chico no te ha contado nada. Úrsula es su novia. Pero han pasado seis meses separados por el máster que ella estaba haciendo allí.

En mi cabeza solo retumbaban las palabras «su novia» una y otra vez. Se me heló la sangre. No podía ser verdad. Solo lo miraba y lo veía tan contento bailando con ella que creí morir. Incluso llegué a notar como el corazón me latía cada vez más rápido. Su madre tenía que estar equivocada. Gael no podía estar haciéndome esto.

En un arranque de cobardía, me di la vuelta y salí corriendo sin despedirme de la madre de Gael. Las lágrimas me empezaron a caer a borbotones por las mejillas y una presión en el pecho me impedía respirar con normalidad. Me choqué con varios invitados; yo intentaba correr lo más rápido que podía, pero debía de ser una sensación mía, porque el camino hasta la puerta se me hizo eterno. Un señor mayor me cogió del brazo.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Me solté como pude y llegué hasta la entrada. Me flaqueaban las piernas, me ahogaba y empezaba a encontrarme mareada. Antes de abrir la puerta, me di la vuelta y vi como Malena hablaba con su hijo. Al verme, él comenzó a correr tras de mí.

—¡Naira! ¡Espera!

Me di la vuelta de nuevo, salí y seguí corriendo. Un mareo mucho más fuerte de lo normal me hizo perder el equilibrio y me di de bruces contra el suelo.

Cuando me estaba levantando, Gael me sujetó por el brazo.

—¡Suéltame! —grité con furia.

—Pero... qué...

—¡Déjame en paz! ¡Vete con tu novia a seguir bailando y pasándolo bien! —sollocé con fuerza.

Se quedó helado. Tragó saliva, bajó los brazos y, solo por cómo me miraba, era más que evidente que su madre no me había mentido.

—Puedo explicártelo —susurró.

Se me paró el tiempo y casi el corazón. La vista se me nubló por las lágrimas. Todo lo que había a mi alrededor desapareció; solo veía a Gael con una cara de culpabilidad que lo decía todo sin decir nada.

—Así que es verdad... —dije con un hilo de voz.

Me miró, y las únicas dos palabras que pronunció fueron suficientes para matarme en vida.

—Lo siento.

Casi me ahogo. Hasta tenía que respirar por la boca, porque por la nariz sentía que no me llegaba el aire. Empecé a hiperventilar. Con toda la furia que me salió del corazón, dije:

—Eres un cabrón.

Y corrí hacia el taxi donde mis amigas me esperaban. El coche arrancó y vi por el retrovisor que Gael corría detrás... hasta que, al ver que no lo alcanzaba, se paró y se llevó las manos a la cabeza.

Adiós, Gael. Lo nuestro se acabó.

FIN DE LA CUARTA PARTE

BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBE



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el

coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor, las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Me entregué a ti
Por amor IV
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Beatobe, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Alberto Zornetta / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17072-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com